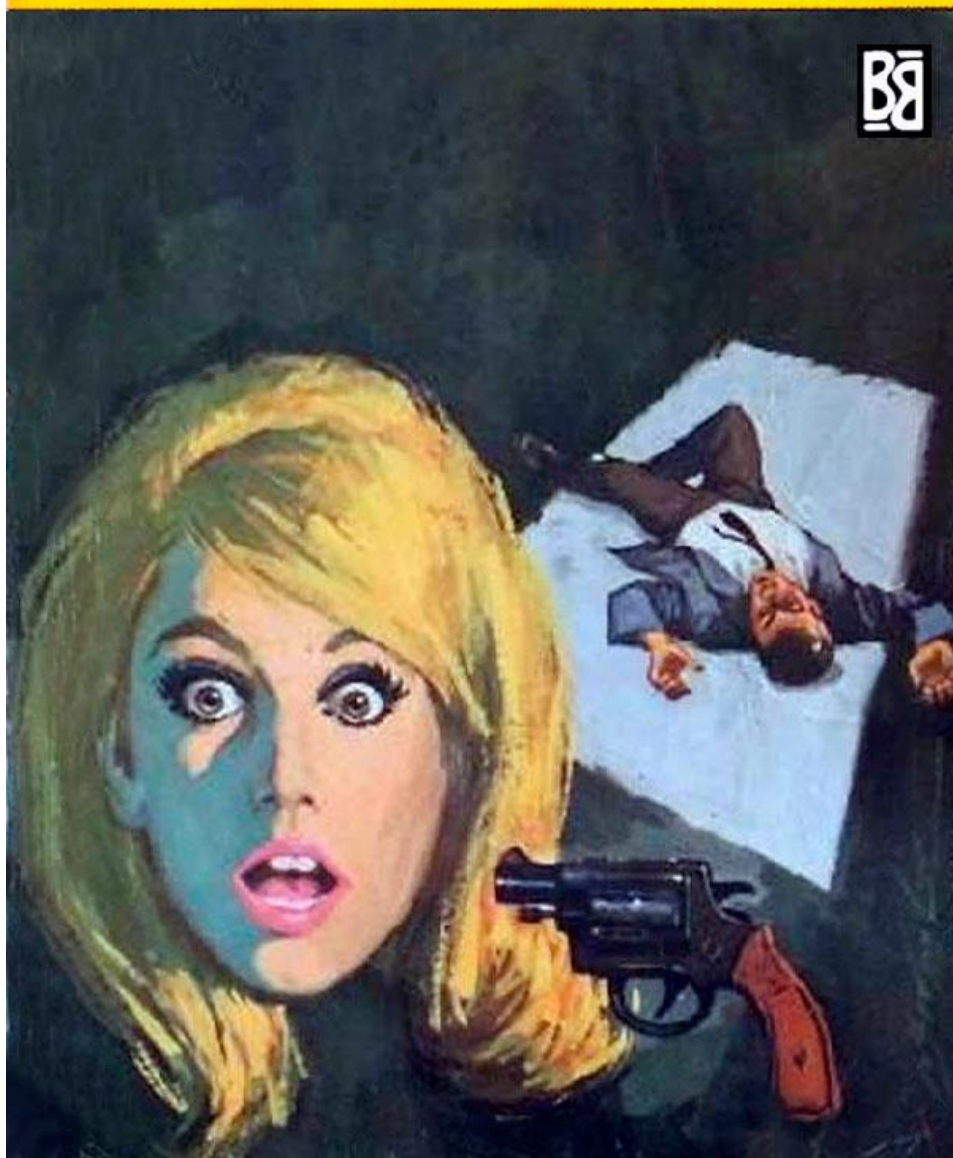


PUNTO
ROJO

lo más absurdo del caso

Frank McFair

B&B



COLECCION

PUNTO ROJO



GLENARVON



FRANK McFAIR

LO MAS ABSURDO DEL CASO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 272
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.821 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio 1967

© FRANK McFAIR - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

998. — «Commodore Blair».

En Colección ALTO SECRETO:

7. — El FBI en el barco trágico.

En Colección PUNTO ROJO:

257. — Las Vegas, peligro de muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

869. — Con la piel de un muerto.

En Colección BRAVO OESTE:

326. — Hubo una vez dos hermanos».

En Colección ARCHIVO SECRETO:

160. — Procedencia: Hong Kong.

En Colección KANSAS:

473. — «Silver», dinamita pura.

CAPÍTULO PRIMERO

Michael Glenarvon. —Mickey, para los amigos—, era un hombre razonablemente feliz. Su último libro había tenido un buen éxito de público y, por lo tanto, económicamente, y ahora se había retirado a su rancho de Taos para escribir otro. Ésa era una de las causas de su felicidad.

La otra era que regresaba de una fiesta, durante la cual, una adorable criatura, mezcla a partes iguales de pétalos de rosa y un bikini de reducidísimas proporciones, le había alentado con bastantes esperanzas. Muy prometedoramente, en realidad.

Por tanto, y mientras conducía su coche a setenta millas por hora por la carretera 64, de Santa Fe a Taos, cantaba a todo pulmón «O my *darling* Clementine», con algunas variaciones impuestas por los sucesivos *whiskys* y por sus apreciaciones personales sobre las canciones del antiguo Oeste.

Acababa de pasar Rinconado, cuando detuvo el coche a la orilla de la carretera para encender un cigarrillo. En ese momento se dio cuenta de que estaba demasiado borracho para continuar a aquella velocidad. Era preciso levantar un poco el pie del acelerador.

El lugar era eso: el desierto. Nopales, Paloverdes, chollas... y arena.

Y un poco más allá el antiguo rancho abandonado.

Que por cierto... Bueno, no podía ser.

Micky sacudió la cabeza, confiado en que al fijar de nuevo los ojos, lo que acababa de ver se hubiera desvanecido, pero... no. Allí seguía. Y lo que acababa de ver era que en el antiguo rancho abandonado había una luz.

—Que me aspen —dijo, poniendo en marcha el coche—. Alguien ha debido tomar por asalto ese caserón.

El rancho —una casa de grandes proporciones en realidad, más que un auténtico rancho— estaba un poco separado de la carretera, y un caminito vecinal llevaba hasta su porche.

Micky volvió a parar el coche y se quedó mirando la casa. No había duda. Una luz brillaba en una de las ventanas.

Micky tenía un «rancho» unas diez millas más allá, y había pasado muchas veces por este lugar. Jamás había visto ni luz ni movimiento en él. Pero ahora, aquella noche de agosto, «estaba viendo una luz».

Bueno, fuera como fuese, el dejar un momento el coche, le haría bien. Había bebido demasiado vermut, mezclado con *whisky*. El aire de la noche le sentaría bien, sin duda. Y..., ¿por qué no echar una mirada?

En el momento en que ponía el pie en el borde de la carretera, oyó el grito.

El inconfundible grito de una mujer.

Micky avanzó por el camino lateral, procurando hacerlo lo más aprisa posible, aunque tantos vermuts y tantos *whiskys*...

Llegó cerca del porche, y volvió a oír el chillido. Largo, acuciante...

Tropezando con los escalones de madera, llegó hasta la puerta.

No había hecho mucho ruido.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó a voces—. ¿Ocurre algo?

Silencio.

Tanteó la puerta. Estaba cerrada.

Llamó fuertemente y repitió su pregunta. Nadie respondió.

Micky se detuvo, pensativo. Había oído un grito y vio una luz. Esto no podía atribuirlo a las libaciones abundantes. Había visto la luz y...

El chillido se repitió.

Sin vacilar expuesto a destrozarse la cabeza, se lanzó contra la puerta y ésta cedió a su empuje. Tropezando a punto de caer, penetró en el salón.

La luz le deslumbró al principio. Cerró los ojos y los volvió a abrir.

Lo primero que descubrió fue el cuerpo de una mujer caído junto a la chimenea. Una gran mancha de pelo rubio se extendía por el suelo.

—Oiga... —comenzó a decir.

Y la luz se apagó.

Con un juramento, Micky se volvió en redondo, lo que casi le hizo caer al suelo. Quizá fue esto lo que le salvó. Vio una llama anaranjada, casi a un pie de su cara, aunque no oyó explosión alguna. Pero la llamarada, el alcohol y el saber que acababan de dispararle un tiro —porque de ello no le cabía duda alguna— se confundieron en su cerebro y algo estalló dentro de éste.

«Me han matado», pensó. Y cayó desvanecido.

Cuando recobró el conocimiento, una luz fuerte le daba en la cara. Penetraba por una ventana abierta, que chocaba una y otra vez contra su quicio.

«No estoy muerto», fue su primer pensamiento. Le dolía la cabeza como si le hubieran metido un tomillo dentro y alguien lo hiciera girar con un destornillador.

Se la cogió con las manos y la balanceó de un lado a otro.

—¿Qué diablos hago yo aquí? —dijo en voz alta—. ¿Y por qué tenía que estar muerto?

Entonces los recuerdos volvieron lentamente a su cabeza.

La levantó. Tenía... tenía que haber un cuerpo de mujer en alguna parte. Allí junto a la chimenea...

No estaba.

Bueno, en ese caso, un hombre, alguien, que le había disparado una llama anaranjada...

Tampoco.

—Pero...

Se puso en pie, tambaleándose. Se le había pasado la borrachera, pero no el dolor de cabeza. Miró el reloj y vio que eran las siete de la mañana. Cuando la fiesta en casa de los Meeker terminó eran las tres y media. Media hora para llegar hasta allí... Bueno, había estado durmiendo tres horas.

Tenía la boca como si se la hubieran estado frotando con un trozo de papel de lija con el que antes hubieran limpiado una máquina. Necesitaba un trago, pero de agua.

Se dirigió hacia el baño del rancho. Todos éstos resultaban muy parecidos, así que aunque nunca había estado en éste, lo encontró enseguida.

Bebió directamente del grifo y se encontró un poco mejor. Buscó

algo para limpiarse las manos. Una toalla, alguna cosa...

—Veamos —dijo en voz alta—. Había una mujer..., a no ser que Jo haya soñado.

¿Sería eso? ¿Producto quizá de los repetidos brindis con aquella deliciosa criatura que se llamaba Eva Meeker...?

No. Había oído gritos, ahora lo recordaba bien, y había llegado a la casa, rompiendo la puerta...

Corrió hacia la puerta. Efectivamente, al menos aquella parte no la había soñado. El picaporte había saltado de sus tornillos. Por lo menos, aquello era tal y conforme lo recordaba.

Pero ¿y el cuerpo? Una mujer rubia, con el pelo suelto sobre el suelo... Y luego la luz se había apagado y alguien le había dirigido al rostro una llamarada que sólo podía ser el disparo de una pistola. Pero como no había oído la detonación, eso sólo quería decir que la pistola tenía un silenciador...

Bueno, una cosa sí podía hacer. Huir de allí ahora mismo, coger su coche y largarse a toda velocidad.

Pero ¿y si había alguien que aún necesitaba ayuda? Por ejemplo, en el piso alto.

Buscó la escalera y, lentamente, porque el tipo que le había disparado podía estar aún escondido en alguna parte, subió los peldaños de madera.

Tres habitaciones que daban a un pasillo. Y las tres vacías. Bueno, llenas del polvo del desierto. Como el resto de la casa, sin duda alguna.

Nadie.

Nada.

Una casa abandonada por sus propietarios ya hacía bastante tiempo, y que se iba desmoronando poco a poco.

Volvió al salón de abajo y atravesó la puerta. Su coche, un «Packard» azul oscuro, convertible, estaba allí, junto al camino lateral. Siempre con el mismo dolor de cabeza atenazándole las sienes, caminó hasta él, lo puso en marcha y emprendió el camino, rodando a sólo treinta millas por hora.

Su rancho estaba en Arroyito, y consistía en una casa blanqueada, con una veranda y unos cuantos árboles que crecían dificultosamente. El sol comenzaba a apretar cuando se desnudó y se metió en el baño. Media hora después estaba afeitado, y después

de haber tomado tres aspirinas se sentía un poco mejor.

Volvió a salir y se dirigió a Taos. Llegó allí enseguida y se encaminó al edificio de la policía. El sargento lo atendió al momento. Lo conocía ya de antiguo.

—¿Qué hay, míster Glenarvon? ¿Cómo van esos libros? Espero que un día se decida a escribir una novela policíaca situada aquí, en Nuevo Méjico. Seguro que la leeremos todos.

—Es posible, sargento, pero por el momento, vengo a darle parte de algo que me ha ocurrido esta madrugada.

—¿Exceso de velocidad tal vez? Bueno, ya sabe usted cómo son los chicos de la patrulla. No les gusta...

—No es eso, sargento. Se trata de...

Y se lo explicó. El sargento le escuchó con atención, pero un poco escéptico.

—¿Un tipo quiso asesinarlo? Bueno, bueno, eso parece un poco... raro, ¿no?

—Raro o no, ocurrió.

—¿En el antiguo rancho de los Coleman? Pero si está abandonado desde hace cinco años...

—Allí, justamente allí, sargento.

—Bueno, eso excede mis atribuciones. Corresponde al *sheriff* del condado.

Glenarvon lo conocía. Un individuo bajito, seco, con un gran bigote que cuidaba para recordar a los *sheriffs* del antiguo Oeste. Llevaba siempre botas camperas y camisas a cuadros y un gran sombrero «Stetson».

—¿Puedo hablar con él?

—Claro. Vamos.

El *sheriff* Grier los recibió en su despacho.

—¿Cómo van esos libros, míster Glenarvon? Tal vez un día quiera usted escribir una novela policíaca era Taos y...

—Seguro, *sheriff*, pero de momento...

Y se lo explicó.

—¿En el rancho de los Coleman? Pero si lleva abandonado...

—Cinco años. Lo sé. Pero anoche no estaba abandonado.

—Bueno, bueno... ¿Seguro que no se había excedido en los tragos, míster Glenarvon?

Micky encendió un cigarrillo.

—Seguro que había bebido un poco de más, *sheriff*, pero la cosa ocurrió. No estoy inventando nada.

—Bueno, bueno. Presenta usted su denuncia, ¿no?

—Presento todas las denuncias que sean necesarias, pero por el amor de Dios, haga el favor de creerme. Alguien me disparó. Y una mujer estaba tendida en el suelo, herida o muerta, y había chillado poco antes.

—Bueno, bueno. Tal vez sea mejor que echemos una ojeada.

Subieron en el coche del *sheriff*, éste, su ayudante, un muchacho salido de la escuela de policía del Estado, el sargento y Micky.

Cuando llegaron al rancho de los Coleman, se apearon y entraron. Todo estaba como cuando Micky salió de allí aquella mañana.

—Pues aquí no parece haber señales de haber ocurrido nada extraordinario —dijo el *sheriff* Grier.

—La puerta —respondió Micky—. Yo la rompí, como le dije.

—Bueno, bueno... ¿Seguro que está usted..., que estaba usted en condiciones de... conducir, míster Glenarvon?

—Sí... —respondió Micky cerrando los ojos—. Podía conducir, pero a baja velocidad. Fue por eso que me fijé en las luces de la casa...

El ayudante del *sheriff* se dirigió hacia la entrada de la luz.

—*Sheriff*, no hay fusible en esta toma.

—Con lo cual se demuestra que no pudieron encender las luces. Por cierto, ¿se acuerda usted de si eran eléctricas o de kerosene?

Micky pensó durante un momento. Luego, con seguridad, dijo:

—Eléctrica.

—Pues ya lo ve, no hay fusible, no puede haber luz.

—¡La había!

—Bueno, bueno, no se enfade. Yo sólo le digo lo que hay.

—¡La había! Mire, *sheriff*, no nos enredemos con esto. Todo ello ocurrió.

El *sheriff* encendió un puro casi tan grande como él.

—Verá, míster Glenarvon, el alcohol a veces le hace a uno ver y oír cosas que no existen en la realidad y que...

—Conozco perfectamente los resultados de una borrachera, *sheriff*, pero le aseguro que no estoy inventando nada. Ahora bien, si no me creen...

—Bueno, bueno, no se enfade usted, míster Glenarvon. Pete, echa una ojeada arriba. Yo revisaré por aquí.

El sargento también estaba mirando junto a la chimenea.

—No hay manchas de sangre, ni cosa por el estilo. Claro que para saberlo habría que traer aquí a los peritos.

—Pues tráiganlos —gritó casi Mickey, ya furioso—. ¡Tráiganlos de una vez! ¡Justo donde está usted, estuvo tendida, muerta o herida, una muchacha rubia! ¡La vi!

—Los traeremos si insiste usted, míster Glenarvon, pero... Una lucha siempre deja huellas y...

El sargento estaba recogiendo con las manos un poco del polvo del suelo, ante la chimenea. Lo metió en un sobre.

—Veremos si hay algo aquí.

El ayudante del *sheriff* bajó.

—Nada arriba. Polvo y ninguna huella en el suelo, excepto...

Miró los zapatos de Micky.

—Los suyos, me parece. ¿Quiere descalzarse?

Micky lo hizo. El otro cogió el zapato y subió. Volvió a bajar al cabo de un momento.

—Las tuyas.

—Por cierto... —dijo Micky con las cejas fruncidas—. Y aquí, en este salón, ¿por qué no hay polvo de arena?

—Porque... Diablos, quizá tenga usted razón. Bueno, quizá las ventanas estaban bien encajadas, y no ha entrado casi. Eso no quiere decir nada.

—En resumen, que no me creen.

—No es eso, míster Glenarvon, no es eso, pero... Las cosas no parecen ser como usted dice, ¿verdad?

—¡Váyase al diablo! Sé lo que digo. Por cierto, ¿quién era ese Coleman?

—Eran. Marido y mujer. Vivieron aquí durante unos meses, casi un año, y luego se largaron.

—¿Tenían alquilada la casa?

—Comprada, creo. Era un matrimonio extraño...

—¿Cómo era ella?

—Oh, por ahí no, míster Glenarvon. Ella era una morenita muy mona. No una rubia.

—¿Por qué se marcharon?

—No lo sé. Nadie se lo preguntó. Yo les hice alguna visita de cumplido, en mis rondas por el condado, me ofrecieron algo de beber y charlamos del tiempo y esas cosas. Ya sabe usted. Parecían un matrimonio unido... y nada más.

—¿Qué hacía él?

—Pues... decía que era hombre de negocios. No sé qué clase de negocios.

Micky se rascó la coronilla.

—Sea quien sea, no va a quedar así. Tengo que saber por qué han querido matarme.

Se detuvo.

—¿Y la bala?

El ayudante del *sheriff* y el sargento se habían lanzado hacia la pared.

—¿Dónde estaba usted justamente cuando le dispararon?

—Pues...

Se colocó junto a la puerta, de espaldas a ésta y dio una vuelta sobre sí mismo.

—Aquí.

—Eso quiere decir que...

Comenzaron a registrar la pared. Un momento después, lo dejaron.

—Ni señales.

—Pues debe estar en alguna parte.

El mismo se colocó junto a la chimenea y buscó. Nada. Ninguna huella en la pared.

—¡Maldición, debiera estar por aquí!

—Pues ya lo ve. No hay señal alguna. Bueno, míster Glenarvon, ¿qué tal si nos marchamos?

—Váyanse ustedes. Yo me quedo aún aquí.

—¿Y cómo volverá?

Era verdad. No tenía más remedio que marcharse con ellos o esperar a que pasara algún automóvil que quisiera llevarlo.

Lo dejaron en su rancho. Había contratado a un criado mejicano con su mujer, que le servía de cocinera. Ordenó que le prepararan la comida, y la consumió. Luego decidió ir al rancho de los Meeker. Si no recordaba mal, Eva Meeker —la criatura de pétalos de rosa, y demás—, y él, habían quedado en verse a mediodía. ¿Seguiría

sintiéndose igualmente bien dispuesta hacia él que la noche anterior, o habría sido el simple efecto de la bebida? Había que descubrirlo pronto.

Lo supo enseguida. Los Meeker, californianos que habían huido de las aglomeraciones de San Joaquín y de Los Ángeles, habían comprado el rancho más grande de todo el condado. Con grandes dispendios lo habían rodeado de árboles e instalado una piscina de enormes dimensiones. Eva Meeker, con su bikini color flor de melocotón, estaba nadando en esos momentos y sola.

Salió del agua y se acercó a él, ondulando las espléndidas caderas.

—Buenos días, amor —dijo. Y le echó los brazos al cuello.

Micky no opuso ningún reparo. Un momento después, separó de sí aquel cuerpo positivamente turbador.

—¿Y tus padres?

—Durmiendo la «siesta». Tenemos la piscina para nosotros solos.

—Si mal no recuerdo, había mucha gente anoche.

—Se marcharon todos. ¡Los eché!

—¿Por qué?

Ella le miró con sus ojos verdosos.

—¿Y aún preguntas por qué, ingrato? Porque me molestan las aglomeraciones en ciertos momentos.

—Me alegro, pero...

—¿Pero, qué?

—Quisiera decirte algo.

—¿Quizá que te has arrepentido de haberme hecho el amor anoche?

—Naturalmente que no. Lo que quiero decirte...

—Vamos, vamos, eso, después. Ahora, ¡a nadar!

Y no hubo más remedio que obedecer. Media hora después, tendidos al ardiente sol de Nuevo Méjico, Micky dijo:

—Anoche me ocurrió una cosa muy extraña.

—Sí, que te prometiste conmigo. ¿No es maravilloso?

—No se trata de eso.

—Bueno, ¿de qué?

Y por tercera vez en el día, Micky explicó aquella historia. Ella fue abriendo los ojos hasta que parecieron dos enormes farolillos de feria.

—¿Quieres decir que te..., que intentaron matarte?

—Como lo oyes.

—Pero... algún motivo habrían de tener para ello, ¿no? Micky, anoche habías bebido mucho. ¿No sería...?

—¡No comiences con eso! Bastante lata me han dado los policías tratando de saber si cinco vermutos me podían haber producido ese...

—¿Cinco? Amor, fueron por lo menos diez. Quería estar segura de que me pedirías relaciones, y te los fui dando yo misma.

—Bueno, diez. Eso no cambia las cosas...

—Pues yo creo que hay una cierta diferencia.

—¡No, maldición! Mira, perdona. Lo que quiero decir es que en alguna parte hay una mujer herida o muerta y un tipo que dispara sin preguntar. Y eso no se lo hacen al hijo de mi madre. Puedes estar segura de ello.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Buscar a esos tipos. Debieron llegar a la casa en un coche. No habrá huellas a causa del viento, pero... ¡alguien ha tenido que verlos!

—Cariño, esto es el desierto, no la calle de North LaBrea, en los Ángeles.

—¡Lo sé, lo sé! Pero ¿por qué habrían de haber elegido esa casa para una pelea... o un asesinato?

Ella movió la cabeza.

—No me propongas problemas después de esta nochecita, amor.

Mister Meeker, grueso, fuerte y dinámico, apareció; en el solarío.

—Oh, Glenarvon. Eva me ha dicho que os habéis: prometido. ¿Eso es cierto?

—Pues...

—Claro que, sí, papá. ¿No ves su cara de contento?

—No le observo ninguna alegría en particular.

—Es que es muy reservado. ¿Verdad, amor?

—Sí, pero...

—Nos casaremos el año que viene. En Los Ángeles, claro, y en la iglesia de Santa...

—Un momento.

—¿Sí, amor?

—Un momento, no hemos decidido aún lo que haremos, así que...

—Pero, sí, amor, ¿no recuerdas? Anoche lo dejamos todo resuelto.

Glenarvon no lo recordaba. ¿Y si, al fin y al cabo, todo hubiera sido producto de la borrachera? ¿Y si...?

—Está bien. Lo discutiremos.

—Ante un vermut bien cargado —respondió míster Meeker satisfecho.

—¿Vermut? No pienso tomar ni uno solo. *Whisky* y con agua —respondió Glenarvon, aterrado—. No más vermut por ahora.

—Pero... usted dijo que le gustaban y...

—Pues —respondió el escritor lentamente—, a partir de anoche no me agradan ya.

Y cogido del brazo de Eva, caminó hacia la casa. Era posible que el asunto fuese, al final, el producto de una indigestión de bebida, y de Eva, y de la noche del desierto y...

Pero pronto había de saber que *no*.

CAPÍTULO II

Dos días después, cuando se hallaba en su rancho, sentado en el porche, con la máquina delante de él, y los ojos fijos en el cielo asombrosamente azul, vio llegar el coche.

Recibía pocas visitas. Los escasos amigos que tenía en Taos, sabían que en sus horas de trabajo no debía ser molestado. Eva era un encanto. Respetaba también esta misma regla..., excepto cuando aparecía por allí como un tifón, trastornándolo todo y arrastrándolo con ella para recorrer el desierto en automóvil o a caballo. Pero este «Chevrolet» verde no lo había visto nunca.

Lo guiaba una mujer, y era probablemente una de las mujeres más bellas que viera en su vida. Alta, esbelta, pero con las curvas necesarias y en los lugares apropiados, con el pelo negro muy corto y lentes oscuros, imprescindibles en el desierto.

Anduvo los pocos pasos que la separaban del porche y se detuvo.

—¿Míster Glenarvon?

Micky se puso en pie.

—Sí, desde luego.

—¿Podría hablar un momento con usted?

—Por supuesto. ¿No quiere pasar?

Ella subió los dos escalones y entró en la casa. Micky había dejado libre el día a los dos criados mejicanos. Se dirigió al bar y preguntó:

—¿Algo fresco?

—Nada, por favor.

Permanecieron un momento quietos, mirándose.

—Míster Glenarvon, le sorprenderá mi visita. Pero...

Hurgó en su bolso y sacó de él un libro. Glenarvon lo conoció enseguida. Era un ejemplar de su última novela.

—Pero estoy en Taos y quería que me dedicara este libro. Es... extraordinario.

—Oh, gracias...

Ningún autor es insensible ante un halago y más si éste viene de unos labios rojos y encantadores.

—Con mucho gusto.

Cogió la pluma y se quedó mirando a la mujer.

—¿Su nombre, por favor?

—Patricia Shelton.

Micky escribió rápidamente y se lo tendió.

—No sabe cuánto se lo agradezco, míster Glenarvon, Ha sido tan maravilloso para mí leer su libro...

Micky sonrió.

—Nadie me ha dicho aún que sea maravilloso. Lo han llamado bueno, sugestivo, estremecedor, pero maravilloso... es la primera vez.

—Oh, sí, sí lo es. ¿Lo ha escrito aquí?

—Sí, desde luego.

—No podría haber elegido un lugar mejor, claro. La soledad, el desierto. Porque usted vive solo, ¿no?

—Así es. Bueno, hay un matrimonio mejicano que me defiende de las incomodidades de todo solterón, pero prácticamente vivo solo. Hoy, por ejemplo, estoy absolutamente solo. Les he dado salida. Tienen familia en Taos y les gusta ir al cine de vez en cuando. Se quedan toda la noche allí.

—Sí, comprendo.

«¿Y si iniciase un avance?, se preguntó Micky. Una mujer encantada con la lectura de un libro, no se extrañaría mucho si un autor favorito...»

Dio un paso hacia ella.

—Así que le ha gustado, ¿no es eso?

—Me ha encantado. He leído pocas novelas policíacas tan maravillosas como la suya. Y me alegro de que no sea usted como pensaba.

—Pues, ¿cómo creía que era?

—Pues... quizá no tan alto... y un poco más grueso. Calvo, quizá...

—Bien, al parecer no soy ninguna de esas horribles cosas.

—Y yo me alegro.

Ahora ya estaban muy cerca. Del cuerpo de la mujer se desprendía un perfume extraño, un aroma que Micky no había oído jamás. ¿Le hablaría de él? No sería una mala forma de establecer contacto.

—Lleva usted un perfume maravilloso —dijo.

—¿De veras le gusta?

Ella adelantó el busto hacia él.

—Lo fabrican especialmente para mí.

—No podían haber encontrado otro más adecuado a su personalidad, pero ¿no se sienta?

Ella lo hizo sobre un bajo diván. Micky, sintiendo que le batían las sienes, se sentó a su lado.

—Hablemos de su libro —dijo ella—. ¿Cómo pudo usted encontrar ese tema tan sugestivo?

—Pues, verá...

Se acercó aún mucho más a ella. En realidad, sólo estaban separados por un espacio no mayor que el que pudiera llenar un trozo de papel.

Y así fue como los sorprendió la llegada de Eva Meeker.

Ninguno la había oído llegar. Micky sólo se enteró cuando alguien dijo desde la puerta:

—Probablemente estorbo, pero como tema necesidad de verte...

Micky dio un salto y quedó en pie.

—Pues... de ninguna manera... Eva, te presento a *miss* Shelton, que... ha venido a pedirme un autógrafo. Imagínate...

—Me lo imagino. Un autógrafo muy... personal, ¿no es cierto?

—Pues... *Miss* Shelton le presento a *miss* Meeker, Eva Meeker, mi...

—Su prometida —declaró la joven con tono helado—. Por lo menos, eso creía hasta hace un momento.

Patricia Shelton se puso en pie. No parecía ni nerviosa ni violenta.

—Bien, creo que ya debo retirarme. *Míster* Glenarvon, Se quedo muy agradecida por su autógrafo.

—¿Se va ya? ¿No quiere tomar una copa, de veras?

—De veras que no. Mucho gusto, *miss* Meeker.

—Lo mismo digo.

Se midieron con la mirada, se pesaron, se tallaron y anotaron mentalmente sus respectivas proporciones físicas. Luego, acompañada por Micky, la visitante bajó hasta su auto y arrancó. Pero antes lanzó una mirada por entre sus largas pestañas, una mirada que hizo latir más apresuradamente el corazón de Micky.

—Bien, si has acabado de observar esa nube de polvo, podrías mirar hacia acá —le dijeron desde lo alto del porche.

—Eva, no seas tonta.

—Ah, ¿de modo que ahora soy tonta? ¿Alguna cosa más?

—Mira, Eva, esto les ocurre a todos los novelistas, más tarde o más temprano. Son... cosas de la profesión.

—¿Que lo encuentren a uno apretado contra una vampiresa en el diván de la casa?

—En primer lugar, no estábamos apretados, sino sentados...

—Tan cerca que no parecía sino que ocupabais una sola plaza.

—Mira, Eva...

—Mira, Micky, si has creído que con la hija de mi papá vas a jugar al bonito juego de «soy un genio y las mujeres se me disputan», estás muy equivocado.

Micky estaba furioso.

—Y si tú crees que vas a ponerte así cada vez que una mujer me pida un autógrafo, más vale que lo pienses, porque esto ocurrirá muchas veces.

—¿Encontrarte repartiendo autógrafos de boca a boca? ¿Muchas veces?

—No seas estúpida. No nos estábamos besando.

—Faltaban dos segundos para ello. Y, ¿sabes lo que te digo? Que puedes quedarte con tu vampiresa y darle un autógrafo cada cinco minutos, pero no cuentes conmigo para que me quede quieta haciendo calceta, mientras el genio se despacha a gusto.

—¡Eva...!

Pero la joven se había lanzado fuera de la casa. Su automóvil estaba unos pasos más allá. Entró en él como si las puertas no existieran y arrancó a setenta por hora.

Micky se quedó mirando la nube de polvo. En un arranque de ira estrelló contra el suelo el vaso.

—¡Malditas mujeres, todas son iguales!

Pero ello era un escaso consuelo. Durante dos horas trató de

abstraerse en la novela, pero no escribió ni una sola palabra. Las caras de las dos mujeres se alternaban en su imaginación para impedirse.

Por fin, a las cinco de la tarde, sacó el coche del garaje y se dirigió a Taos.

¿Cómo había dicho que se llamaba? Patricia Shelton, ¿no? Bueno, también había indicado que se alojaba en Taos. En un hotel. Por lo tanto...

Los recorrió uno por uno, tomando una copa, en cada cual, lo que le supuso una sobrecarga de seis *whiskys*, más otros dos que tomó en distintos bares. Miss Patricia Shelton no se alojaba en ninguno de aquéllos. Y nadie parecía haber visto un «chevy» verde, cuya matrícula no había anotado, por otra parte.

A las ocho, decidió que ya había bebido y buscado bastante y regresó a su rancho «Arroyito». Bebió otro *whisky* y se marchó a la cama. Ya trabajaría al día siguiente.

Despertó con una luz potente dándole de lleno en los ojos. Parpadeó enfurecido, pensando que el matrimonio mejicano había regresado y quería saber si necesitaba algo, aunque le extrañaba, porque en sus días libres solían dormir en Taos.

—No se mueva —dijo una voz.

—¿Que no me mueva...? ¿Qué clase de broma...?

Se incorporó.

—Le he dicho que se esté quieto —gruñó la misma voz.

Y una pesada mano lo empujó hacia atrás, haciéndole caer sobre la almohada.

—Pero ¿qué diablos...?

—Estese quieto, amigo. Y ahora...

—¡Aparte esa luz!

La misma pesada mano salió de la oscuridad —él estaba deslumbrado y no podía ver bien lo que tenía enfrente— y lo abofeteó con una dureza que le cortó la respiración.

—¿Se va a callar?

Micky Glenarvon estaba tan enfurecido que no lo pensó. Jamás lo habían abofeteado sin que respondiera a la agresión. Sacó los pies de la cama y se precipitó hacia adelante...

Sólo para recibir un golpe tan fuerte en la nuca que le pareció que el cielo se había desplomado encima de él.

Despertó al tiempo de oír mía voz que decía:

—Echale otro.

Y un alud de agua cayó sobre su cabeza. Intentó moverse y vio que le habían atado los brazos al respaldo de una silla.

La maldición que estaba a punto de brotar de sus labios, se heló en ellos.

—Ya está despierto —dijo otra voz, ésta muy suave—. Dale.

Un nuevo bofetón que le hizo castañetear los dientes.

—Y ahora, muchacho, ¿vas a hablar?

—Pero ¿qué diablos?

—¿Dónde lo pusiste?

—¿Qué?

Seguían iluminándolo con una poderosa linterna que lo deslumbraba y le impedía ver el resto de la habitación. Pero sí unos pies frente a él, probablemente los del hombre que manejaba la luz.

—Lo que cogiste allí.

—¿Dónde?

—En la casa. ¿Dónde lo tienes?

—Yo no cogí nada...

Esta vez la bofetada restalló en su oreja. Creyó que se había quedado sordo.

—¿Dónde?

—Les digo que no tengo nada...

—Dale otra vez.

Logró apartar la cara. De lo contrario el golpe le hubiera alcanzado en la otra oreja.

Otra vez, la segunda, terció.

—Glenarvon, si no nos dice lo que queremos, no vacilaremos en llegar hasta donde sea. Sépalo bien. Más vale que lo diga.

—Pero ¡si no sé de qué están ustedes hablando!

—No lo niegue. Usted cogió algo en aquella casa y nos va a decir dónde lo ha puesto.

El cerebro de Micky era un torbellino. ¿Una casa?

Y súbitamente la luz se encendió dentro de su cabeza como si alguien hubiese manejado un interruptor.

¡La casa! ¡El rancho donde había oído los gritos y había visto a la mujer tirada en el suelo! ¡El rancho de los... Coleman, eso era!

—Un momento. ¿Se refieren al rancho de los Coleman?

—Sí —dijo aquella segunda voz suave—. Y usted lo sabe muy bien.

—Pero... yo no cogí nada. Alguien me golpeó... y perdí el conocimiento...

—Usted se llevó algo de allí. Y eso es lo que queremos nosotros. Si no nos lo da..., seguiremos golpeándolo, y si aún así se niega, su cadáver aparecerá en el desierto, pero... dentro de algunos días. Elija.

—¡Le digo que no me llevé nada! No cogí nada.

—Muy bien. Dale.

Un nuevo golpe. ¡Y qué golpe! La cox de una mula cuartelera no hubiera podido ser más fuerte.

Comprendió que tenía que decir algo, o seguirían así hasta que le reventasen los tímpanos o le rompiesen la mandíbula.

—Esperen. Díganme de qué se trata.

—Usted lo sabe bien. Mire, Glenarvon. A usted eso no le sirve para nada. No creo que le guste que le maten por retener algo que no le sirve. ¿O sí?

¿Habría cogido él algo mientras estaba inconsciente? ¿O lo habría hecho en medio de su borrachera? Trataba por todos los medios de recordar, desesperadamente, pero resultaba inútil. Los recuerdos no querían acudir a su memoria.

Y, sin embargo, algo tenía que hacer. ¡Algo!

—¿Cómo saben que no me resulta útil? —preguntó.

—¿Qué ha dicho?

—Que cómo pueden saber ustedes que no me resultará útil. Puede serlo.

Había hablado sin saber casi lo que decía. Lo único que quería era que no siguiesen golpeándolo.

Después, su imaginación de novelista entró en acción, también casi inconscientemente.

—Para mí o para la policía.

—¿Ha dicho la policía?

—Sí, eso he dicho. Y si ustedes siguen golpeándome...

¡Zas!

Su cabeza se movió como una biela, de un lado a otro.

—Espera, no le golpees más. Quiero que me explique eso.

—¿No ves que se está riendo de nosotros?

—He dicho que no lo pegues más.

Aquella voz suave, como velada... Probablemente su propietario hablaba desde detrás de un pañuelo o algo así.

—Vamos a ver, Glenarvon...

—«Mi caballo y mi perro están tristes...»

—¿Qué es eso? —preguntó la segunda voz.

—No sé... Echa una ojeada.

—«Porque anoche me vieron lloraaaaar...»

Las voces venían del exterior. Y llegaban acompañadas por el carraqueo de un motor que Micky reconoció enseguida. Era el viejo «Ford» de Pablo Segura, su criado mejicano.

—Vienen —dijo la segunda voz—. Hay que salir de aquí.

—Por la parte trasera, ¡aprisa!

Cualquiera que fuese, se volvió hacia Micky y por segunda vez en la noche, éste recibió un golpe fortísimo en la cabeza, cuando ya abría la boca para lanzar un grito de aviso.

Perdió el conocimiento. Aquello iba convirtiéndose en una costumbre, al parecer.

CAPÍTULO III

Nuevamente lo remojaron y recobró el conocimiento en medio de un diluvio de agua. Pero esta vez eran Pablo y Marta, su criado y su cocinera mejicanos.

—¿Quién lo ató, patrón? —preguntó Pablo—. ¿A qué estaba jugando?

—Nadie estaba jugando, Pablo. ¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Los hombres que me han atado y... ¡Diablos! ¿Habéis entrado por la puerta del frente?

—Claro que sí.

—Pues si lo hubieseis hecho por la trasera, los habríais encontrado. Pero, bueno, ¡no os quedéis ahí pasmados! ¡Hay que salir detrás de ellos!

Pablo y Marta se miraron uno a otro. Aquella mirada parecía indicar que todos los yanquis estaban un poco tocados. Micky se dio cuenta.

—Bueno...

Se puso en pie. La cabeza le dolía mucho.

Llegó a la puerta trasera y miró. Nada ni nadie, como era de suponer.

—¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento desde que entrasteis?

—Unos diez minutos, patrón. Por cierto, si quiere que vayamos a avisar a un médico...

—No me hace falta un médico. Lo que necesito es un revólver y...

Se dejó caer en una silla de la cocina, mientras Marta revolvía en los hornillos para prepararle una taza de café.

Lo bebió, pensativo. Luego miró su reloj. Las cuatro de la mañana.

—Si no hubieseis llegado, Pablo, a estas horas cualquiera sabe lo que habría sido de mí.

—Al parecer —respondió el mejicano— le golpearon, ¿eh, patrón?

—A su gusto. Me alegro de que hayáis vuelto del cine y que no os quedaseis en Taos.

—Estábamos un poco alegres y nos apetecía conducir por la noche, patrón. ¿Va usted a avisar al *sheriff*?

—No lo sé. A la mañana lo decidiré. Ahora, iros a dormir, pero dejad las puertas bien cerradas.

—Yo me quedaré con un palo en la puerta, si usted quiere.

—No creo que vuelvan.

—Pero ¿quién era, don Miguel?

—No lo sé, Pablo. Pero sí que eran dos y pegaban como si les fuera en ello la vida. Bueno, acostaos.

Apenas durmió, así que era un Micky Glenarvon bastante deteriorado el que a las ocho de la mañana se afeitó, se bañó y se dispuso a salir del rancho, en dirección a Taos. En la puerta, después de consumir los huevos con tocino que le preparara Marta, se detuvo a encender un cigarrillo.

—Así que buscaban una cosa que suponían tenía yo —soliloquéo—. Pero ¿qué diablos puede ser? Yo no tomé nada de allí. Eso quiere decir que ellos son los asesinos o... lo que quiera que sean. Porque si aquella mujer no estaba muerta...

Se maldijo interiormente. Un novelista de relatos policíacos debería poder resolver fácilmente aquella situación, pero la verdad es que no le veía ni pies ni cabeza. Bueno, hablaría con el *sheriff*.

Se disponía a sacar el coche del garaje, cuando vio que llegaba otro, procedente de Taos. Se detuvo. Estos días le habían enseñado a ser precavido con las visitas. Una de ellas le había costado, quizá, la prometida, y otra le había llenado la cara de moretones.

El coche, un descapotable, se detuvo ante el porche. Micky, con una mano en la hoja de la puerta, por si la visita resultaba peligrosa, esperó. Vio que del vehículo se apeaba un hombre alto, de anchos hombros, tocado con un sombrero marrón.

—¿Glenarvon? —preguntó el hombre.

—Yo soy. ¿Y usted?

—Permítame que pase.

—Primero dígame quién es y qué quiere.

—¿Es ésta la famosa hospitalidad del Oeste?

—No lo sé, porque yo no soy del Oeste, pero sí que no entra si no me dice qué quiere y quién es usted. Y detrás de mí está mi criado con un garrote, se lo advierto.

—¿Para qué quiere el garrote, si puedo preguntarlo?

—Para sacudirle en la cabeza si intenta algo contra mí. Y personalmente soy muy capaz de acabar con usted en cinco segundos. Así que diga lo que quiere y quién es o lárguese.

—Mi nombre es Teal y soy..., bueno, digamos un funcionario del Gobierno.

—¿Puede acreditarlo?

—Si me lo permite...

Le enseñó una carterita de cuero.

—Pablo, baja y coge eso.

Pablo lo hizo. Se lo enseñó a Micky. Éste lo leyó y abrió mucho los ojos.

—Bueno, puede..., puede pasar.

—Gracias.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, es muy temprano. Míster Glenarvon, ¿es que ha tropezado usted con algún mueble? ¿Qué le ocurre a su cara?

—No choqué con ningún mueble, sino con una mano.

—¿Cuándo? ¿Una pelea?

—Una pelea unilateral. Me golpearon después de haberme atado a una silla.

—¿Quién?

—Me gustaría saberlo —respondió Micky ferozmente—. ¡Vaya si me agradaría saberlo!

—¿Puede explicármelo?

—Primero... dígame lo que le trae a usted aquí. ¿Venía a buscarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—He estado hablando con el *sheriff* Grier.

Los ojos de Teal, de color azul oscuro, examinaban atentamente

la habitación. Luego se volvieron hacia Micky.

—El *sheriff* me ha contado una extraña historia.

—¿La que yo le relaté primero a él?

—Sí.

—¿Y por qué un agente del Gobierno se interesa en esa historia?

—Es algo largo de contar, y tal vez lo haga después. Pero, primero ¿por qué no me repite a mí lo que le dijo el *sheriff*?

—Bueno, siéntese.

Teal lo hizo, siempre con los ojos fijos en Micky. Éste le relató todo lo sucedido tres noches antes.

Cuando acabó, Teal dijo:

—¿Y anoche?

—Bueno, ocurrió que...

Lo dijo.

Al terminar, Teal encendió un cigarrillo.

—Así que, quienquiera que fuese, buscaba algo que supone que usted tiene, ¿no?

—Me lo dijeron las suficientes veces como para que haya acabado por creerlo. Y me lo pidieron con mucha perseverancia.

—Ya veo. Y..., ¿no lo tendrá usted por casualidad?

—¿Yo? Yo no tengo nada que pueda pertenecer a nadie. No cogí nada de aquella casa.

—¿Le importaría venir allí conmigo?

—Mire, Teal, pensaba ir a ver al *sheriff* para explicarle lo que me ha ocurrido esta noche... Y después quería ir a ver a cierta persona... Bueno, a alguien.

—Si no le importa, ya los verá después. Vamos ahora.

Hablaba cortés, pero firmemente. Micky se encogió de hombros y lo siguió. Subieron en el coche del agente y siguieron por la carretera. Cuando llegaron al rancho de los Coleman, Micky dijo:

—Aquí es.

—Sí.

Teal paró el coche y se puso en pie sobre el asiento delantero.

—¿Qué hace?

—Espere. Alcánceme esos prismáticos que hay en la guantera, ¿quiere?

Micky abrió la guantera del coche y vio unos prismáticos. Y también una pistola «Mauser» de pesado calibre.

¿Y si aquel tipo fuera un impostor y...?

—Deje la pistola, ¿quiere? Lo que necesito son los prismáticos.

Se los alargó. Teal, siempre subido en el asiento, comenzó a explorar los alrededores. Cuando hubo dado una vuelta completa sobre sí mismo, se bajó.

—¿Me puede explicar lo que hacía? —preguntó Glenarvon.

—Tratando de saber si había alguien por los alrededores —fue la seca respuesta.

Y descendió. Caminaron hacia la casa. Cuando llegaron a ella, el agente se fijó en la puerta y luego pasó. Micky lo siguió.

—Así que fue aquí donde vio a la mujer, ¿no? ¿Quiere describírmela?

—Pues era... rubia..., tenía todo el pelo extendido sobre el suelo y... no recuerdo nada más... No tuve tiempo.

—Usted debe ser buen observador. Los novelistas suelen serlo. ¿Nada más que le llamara la atención?

—Comprenda, estaba un poco bebido y las circunstancias no eran como para fijarme en detalles.

—Le entiendo.

Teal, recorrió toda la casa, de arriba abajo, y por fin volvió al salón.

—Mire, Glenarvon. Yo no soy el *sheriff*. Yo creo que usted vio aquí algo, probablemente lo que dice que observó.

—Hombre, gracias. Ya era hora de que alguien no creyese que porque hubiera bebido unas cuantas copas, estaba idiota.

—No. No lo estaba. Alguien estuvo aquí esa noche.

—Y disparó contra mí.

—Posiblemente. Bueno, casi seguro, si usted lo dice.

—Sólo que no pudimos encontrar la bala.

—Tal vez no buscaron en el sitio indicado.

Dio unos cuantos pasos rápidos y señaló la chimenea.

—Probablemente está entre los adobes del interior. Posiblemente, digo, aunque no sea seguro. Y le voy a decir otra cosa, Glenarvon. Entre el polvo que el sargento envió al laboratorio había dos cabellos rubios.

—Me alegro. Por lo menos demuestra que esa parte de mi historia era cierta.

—Ya le he dicho que probablemente lo es toda. Y también

encontraron tierra que no pertenecía a este desierto. Pero en muy poca cantidad.

—Y... —dijo Micky asombrado—, ¿saben de dónde procede esa tierra?

—Tenemos una cierta idea.

—¿De dónde?

—Eso forma parte de otra historia, Glenarvon. Y ahora...

Lo miraba fijamente.

—¿Seguro que no recuerda haber cogido nada de aquí?

—Completamente seguro. Teal. Ya se lo he dicho.

—Bien, en ese caso, si lo que buscaban no lo tiene usted..., debe tenerlo alguna otra persona.

—No lo dudo. Pero ¿qué es?

—También forma parte de otra historia.

—Que supongo me contará usted.

—No lo sé.

—Bueno, en ese caso... No me queda sino presentar mi denuncia ante el *sheriff* y...

—Usted no va a hacer denuncia alguna, Glenarvon.

—¿Ah, no? ¿Puedo saber por qué?

—Porque yo se lo pido así.

—¿Con qué razón?

—Más tarde la sabrá.

Micky hizo un gesto.

—Me largo de aquí. Yo tengo trabajo. Y una de las cosas que tengo que hacer precisamente es... *presentar una denuncia*.

—Ya lo he dicho...

—No, gracias. Lo voy a hacer. Eso es todo. Usted no puede impedirlo.

—Pero puedo rogarle que no lo haga.

—No.

—En ese caso, puede tener la seguridad de que su denuncia no será investigada.

—Pero... ¡Santo Dios! Usted... ¿Por qué no?

—Porque yo lo impediré.

—¿Cómo, amordazando al *sheriff* Grier?

—El ya sabe que no cursará ninguna denuncia. He hablado con él.

Micky apretó los puños.

—Ahora mismo me va usted a decir por qué. Si es necesario recurriré al *sheriff* del Estado de Nuevo Méjico o al fiscal general.

—Pienso que está sacando las cosas de quicio, Glenarvon. Por otra parte, tampoco creo que sacase nada en limpio presentando esas denuncias.

—En el nombre de Dios, ¿por qué? ¿Qué significa todo esto?

Teal lo contempló reflexivamente, dando chupadas a su cigarrillo.

—Significa *Defensa Nacional*, Glenarvon. ¿Le suena eso a algo?

—¿Defensa Nacional?

Mickey se agarró a la puerta, completamente aturdido.

—Sí. Eso mismo.

—¿Quiere decir qué...?

—Eso mismo. Glenarvon, en esta casa vivieron dos personas. Pero antes, le voy a decir una cosa. Usted es americano, hijo de americanos y...

—Y nieto de americanos. Nunca lo he negado.

—Y nieto de americanos —asintió el agente—. Usted combatió en Corea, hace doce años. Con el grado de subteniente en el primero de Caballería.

—Tampoco lo he negado.

—Tampoco. Usted tiene muy buenos antecedentes.

—Por el amor de Dios, ¿me está haciendo la revisión anual?

—Estoy diciéndole lo que sabemos de usted. Usted es un escritor de novelas policíacas, con cierto éxito de público.

—Usted me aturde. Tanta amabilidad...

—Y por último, usted se ha visto envuelto en un lío sin tener parte en él, desde luego.

—Y en qué lío... Si no necesito una operación quirúrgica facial...

—Y, para terminar, usted puede ayudarnos.

—¿Cómo? ¿Tomando unas copas juntos?

—No. Simplemente, permaneciendo aquí, y esperando.

—¿Esperando qué?

—Algo que puede ocurrir. Algo que ya ha comenzado a suceder.

Micky sacó su pipa del bolsillo, la cargó, la encendió, procurando calmarse, y por último dijo:

—Vayamos por partes, Teal. Usted ha hablado del matrimonio que vivió aquí. Luego me ha hecho la filiación. ¿Qué quiere dar a entender con todo esto?

—Muy sencillo. Tenemos... Pero antes, eche una ojeada mental al mapa del Estado. ¿Qué hay en el sureste del lugar en que nos hallamos en este momento?

—Pues... el desierto, naturalmente.

—Me refiero a una población.

—Pues están Dixon, y Alcalde Santa Cruz...

—Más al sureste. En el condado de Sandoval, específicamente.

Los ojos de Mike Glenarvon brillaron.

—¡Santo Dios! ¡Los Álamos!

—A unas setenta millas, sí. Los Álamos.

—Usted quiere decir...

—Quiero decir que todo el mundo sabe que en Los Álamos se coció el proyecto Manhattan, la bomba atómica, en una palabra. Y que allí continúan las investigaciones sobre desintegración nuclear.

—Por Dios, Teal, usted ha dicho mucho... o demasiado poco.

—He dicho lo que podía, ni una palabra más. Y el matrimonio Coleman, es decir, las personas que aquí se conocieron como el matrimonio Coleman, no eran lo que parecían. Tenemos vehementes sospechas de que se trataba de dos espías.

Hizo una pausa.

—Pero, antes, Glenarvon, deme su palabra de honor de que nada de lo que le diga saldrá de entre nosotros dos.

—Pues... Hombre, claro, tratándose de una cosa así...

—¿Me da su palabra?

—Sí. La tiene.

—Bien. Por otra parte, tenemos medios para hacer que se arrepienta en el caso de que faltase a su promesa.

—No acostumbro a hacerlo —declaró Micky con altanería.

—Me alegro de ello. Así, pues, ese matrimonio Coleman huyó cuando pensábamos tener bastantes pruebas de que se trataba de dos espías.

—Pero... dos espías, ¿a sueldo de quién?

—Eso no importa. Se trataba de personas que conseguían información para venderla al mejor postor. Al menos eso es lo que suponemos.

—Y ¿huyeron?

—Se nos fueron de entre las manos. O bien se imaginaron lo que se les venía encima o quizá alguien les dio el soplo. El hecho es que huyeron muy oportunamente.

—Pero ¿habían conseguido muchos informes?

—No lo sabemos. Cuando íbamos a detener al hombre que sacaba la información del campo fortificado de Los Álamos, éste se suicidó. Por ello no pudimos seguir la cadena de personas que nos hubieran llevado a la cabeza rectora.

—Pero todo eso fue hace...

—Hace cinco años, sí. Sin embargo, nosotros no perdimos de vista jamás, durante ese tiempo, el hecho de que aquí habían vivido dos eslabones de la cadena. Y cuando la otra noche usted llegó a esta casa y... ocurrió lo que ha contado, fuimos informados enseguida.

—¿Por quién?

—Eso no interesa ahora. Lo que importa es que hay que tratar de saber por qué eligieron esta casa para un ajuste de cuentas o... para buscar algo. Lo que creen que usted tiene.

—Y que no tengo.

—Veamos, Glenarvon, repasemos el asunto. Usted oyó los gritos y entró. Entonces vio a la mujer tendida en el suelo, y se volvió.

—Me volví porque se apagó la luz.

—De acuerdo. Porque se apagó la luz. Pero, antes..., ¿no se había usted agachado para recoger algo que le llamase la atención?

—Mire, Teal, resulta que... Bueno, usted se va a reír. La cuestión es que olvidé que mi prometida y yo habíamos quedado en casarnos en Los Ángeles, pero eso fue antes de recorrer veinte millas conduciendo en un descapotable. No, lo recordaría... Bueno, yo creo que me acordaría si hubiera hecho una cosa así.

—Bueno, lo dejaremos por el momento. Y llegamos a otra parte. Usted, Glenarvon, les interesa. Usted no tiene nada, no recogió nada de aquí, pero... ellos creen que sí. Por eso lo asaltaron anoche.

—¿Bueno? ¿Y qué?

—Pues que si piensan que lo tiene, volverán a buscarlo.

—¿Y me aporrearán de nuevo? Ah, no, en condiciones de inferioridad no pienso jugar esta baza.

—Yo trataré de estar cerca.

—Tratará, ¿eh? Y si no puede, ¿qué me ocurrirá? Aquellos tipos estaban decididos a todo. Me hablaron de dejar mi cuerpo en el desierto para que los buharros lo mondasen.

—No le ocurrirá nada.

—No tengo miedo, Teal, pero es cuando las bazas están parejas. No cuando ellos aparecen y desaparecen de pronto, después de tratarme como un *punching-ball*. No, gracias.

—¿No quiere hacerlo?

—Supongo que ahora me va a soltar todo un discurso patriótico acerca de lo americano que soy y lo que debe hacer todo buen americano. Pues lo soy. Pero de ahí a que me confundan con un reclamo...

—Eso precisamente era lo que iba a pedirle.

—Pues tiene usted un descaro...

—Veamos, Glenarvon, usted es un hombre de recursos. No siempre ha sido un novelista de cierta fama. Tuvo usted otros empleos, ha viajado mucho y ha corrido algunas aventuras.

—Bueno, usted lo ha dicho. Antes de convertirme en un novelista de cierta fama y tener una cuenta corriente en el Banco.

Teal sonrió.

—Usted está tratando de hacerse el cínico.

—Tómelo como quiera. Pero no haré...

—¿Le digo una cosa, Glenarvon?

—Puede decir lo que quiera, que no...

—¿Le aseguro que de ahora en adelante usted es para ellos un hombre... marcado?

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Sencillamente. Usted puede querer apartarse del asunto, pero ellos, ¿lo dejarían salir de él? Me parece que no, o no conozco a esa gente.

—Pero ¿quiénes diablos son «esa gente»?

—Hombres que tienen dinero y que saben comprar a quienes hagan faenitas sucias por su cuenta. Personas que están dispuestas a todo. Y usted es «todo» para ellos en este momento. Lo perseguirán hasta donde sea y cualquier día encontraremos su cadáver en el desierto, en una callejuela o en un puerto, con media tonelada de cemento en los pies.

—¡No sea morboso, Teal!

—Soy sincero. Usted es quien no resulta realista. Le estoy diciendo lo que puede ocurrirle, si trata de jugar su baza solo. Por otra parte, si actúa con nosotros, siempre tendrá nuestra protección.

Glenarvon lo miró seriamente.

—¿Seguro que puedo contar con ella?

—Seguro.

—¿Puedo pensarlo?

—Sí, pero... ni una palabra a nadie. A nadie, ¿me entiende bien? Usted ha hablado de una prometida. Pues bien... Ni una sola palabra a ella tampoco.

—Usted no conoce a Eva Meeker, Teal.

—No, pero me conozco a mí y también al Servicio Secreto. Si usted dice una sola palabra..., lo retiraremos de la circulación o lo abandonaremos a su suerte... solo.

—No me amenace, Teal.

—No amenazo, advierto solamente, Glenarvon. Y por otra parte, puede pensarlo, pero... sólo unas horas. No hay tiempo para más. Ya ha visto usted cómo actúan. Rápido y bien.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿De quién son los cabellos que encontraron? Esos cabellos rubios, los de la mujer que vi delante de esa chimenea.

—Suponemos que de una mujer llamada Sirena Cogan. O por lo menos se ha hecho llamar así en algunas ocasiones.

—Una..., ¿una espía?

—No lo era la última vez que supimos de ella. Era la secretaria de un hombre de negocios llamado Minton. Y desapareció. Por eso tenemos sus datos particulares.

—No lo entiendo.

—No lo dudo. Nosotros tampoco... muy bien. Pero así están las cosas. Y ahora, ¿qué ha decidido? ¿Pensarlo?

—¿Por qué desapareció?

—No lo sabemos. No lo sabe nadie... o al menos nadie con quien hayamos hablado nosotros. Lo único que sabemos es que era la prometida o la amiga de un tipo un tanto escurridizo.

La mente de novelista de Michael Glenarvon, Micky para los íntimos, estaba funcionando a toda presión.

—Bueno, digamos que acepto... Con una condición.

—¿Cuál?

—Cuando este asunto acabe..., si termina como ustedes quieren, quiero saber la historia completa.

—¿Para aprovecharla en una novela?

—O para mi exclusiva y personal satisfacción.

—De acuerdo. Aunque quizá haya detalles que no podamos revelar.

—Lo dejo a su discreción, Teal.

—Conforme, pues.

El agente alargó la mano y Glenarvon se la estrechó.

CAPÍTULO IV

Micky guió su coche hasta la puerta del rancho de los Meeker. Lizzy, la doncella negra, lo esperaba en la puerta.

—La señorita Meeker no está.

—Lizzy, no sea usted embustera. Está, pero no quiere recibirme, ¿no es así?

—Lo siento, señor Glenarvon, pero ésas son mis órdenes.

—Lizzy, dígle que si no me recibe, me sentaré ante la puerta y pasaré aquí tantas horas coma sea necesario.

—Yo... Bueno, veré si ha vuelto.

—Vamos, vamos, Lizzy, de sobra sabe usted que nos está observando desde la ventana del piso alto.

La negra entró, pero cerró la puerta ante la nariz del novelista.

Volvió a salir al cabo de cinco minutos.

—Dice que lo recibirá a usted dos minutos.

—De acuerdo.

Eva lo esperaba en el inmenso salón del rancho. Una chimenea monumental rodeada de hierros de ganadería, muebles españoles rústicos, la cabeza de un enorme puma en la pared y pieles de animales del desierto sobre el suelo.

—¿Qué quieres?

—Ante todo que si has de seguir tan fría, metas el dedo en un vaso de algo y me lo des. Hará el efecto de un trozo de hielo de buen tamaño.

—No tengo ganas de aguantar payasadas. ¿Qué quieres?

—Que me escuches.

—Ya lo estoy haciendo.

—Eva, no seas..., perdona. Eva, no seas absurda. Reconozco que las circunstancias eran un poco especiales, pero...

—¿Especiales dices? Eran positivamente repugnantes.

—Bueno, pero...

—Mira, Micky. Me basta con alzar un dedo, uno solo y cien hombres que valen mucho más que tú correrían a posarse sobre él. Y cuando yo, aturdida por el alcohol y la luna, te..., bueno, no quiero recordarlo, me prometí contigo, te encuentro dos días después haciéndole el amor a una prójima cualquiera... Bien, reconocerás que es demasiado.

—¿Quieres decir que has roto tu compromiso conmigo?

—Quiero decir que si no hay una explicación razonable, enteramente satisfactoria, lo consideraré roto.

Micky dio dos pasos hacia ella.

—Bueno, Eva, lo que ocurrió ya te lo dije. No hay nada más. Puedo añadir que no es enteramente cierto lo que te dije acerca de que a los novelistas estas cosas nos ocurren continuamente.

—¡Es que no estoy dispuesta a soportarlo ni una vez siquiera!

—¿Preferirías que fuese bajo, gordo y calvo?

—¡Por supuesto que no! Me gustas... me agradas como eres.

—En ese caso, debes dar un margen de probabilidades de que ocurra, pero yo te aseguro que también sabré evitar que mis admiradoras me cerquen con tanta vehemencia a tan corta distancia.

Ella lo miró dubitativa.

—¿Estás envaneciéndote, Micky?

—No, estoy asegurándote de que sabré mantenerme alejado de aquellas admiradoras que me pidan autógrafos y que no tengan los dientes salidos, las piernas torcidas y diez dioptrías en cada ojo.

—¿Lo prometes?

—Solemnemente.

—En ese caso...

Micky la abrazó.

—Mira, cariño, debes tener confianza en mí.

—¿Has vuelto a ver a esa *miss*... Shelton?

—No, naturalmente que no.

—Entonces...

No pudo seguir, ya que resulta sumamente difícil hablar y besar al mismo tiempo. Cuando acabaron, ella dijo:

—Esta tarde iré a verte a tu casa.

—Lo siento, pero esta tarde...

—¿Ya volvemos a empezar?

—No, claro que no, pero ignoro lo que...

—Por cierto, ¿qué te ocurre en la cara?

El salón estaba a media luz, pero al acercarse tanto, ella pudo ver las moraduras en el rostro de Micky.

—Pues... tropecé... y...

Eva lo separó.

—¡Lizzy!

—¿Sí, señorita Meeker?

La negra había aparecido en la puerta, como si hubiera estado escuchando detrás de ella.

—Lizzy, ¿qué comenzaste a decirme acerca de míster Glenarvon, y que yo no te dejé terminar?

La negra dirigió una dubitativa mirada hacia Micky.

—Pues dije que Pablo y Marta me habían dicho esta mañana que unos hombres habían asaltado a míster Glenarvon esta noche pasada. Me lo dijeron en Taos mientras hacíamos la compra.

—¡Micky! ¿Eso es verdad?

—Desgraciadamente, sí.

—Pero... ¿por qué te asaltaron? ¿Y qué te hicieron?

—Pues... seguramente querían dinero. Me sorprendieron durmiendo y...

«Maldita negra y malditos Pablo y Marta», estaba pensando al mismo tiempo.

—... me ataron a una silla y me golpearon. Pero no debes preocuparte.

—¿Cómo que no debo preocuparme? ¡Estás loco! ¿Te asaltan, te golpean y no quieres que me preocupe? Hay que ir inmediatamente a ver a la policía...

—Ya he estado. Me han dicho que harán todo lo posible por encontrar a esos tipos que deben ser dos vagabundos, y meterlos en la cárcel.

—Micky, tú me estás ocultando algo. ¿Por qué no lo habías dicho antes?

—Porque no me dejaste, ¿recuerdas? Te lo iba a decir cuando... Lizzy, puede usted marcharse.

La negra se retiró, ondulando las caderas.

—Cariño, no debes preocuparte ni por un solo momento. Son, según me dijo la policía, seguramente un par de vagabundos que buscaban dinero.

—No hay tipos de éstos por aquí.

—Habrán llegado de fuera. Y ahora, hablemos de otras cosas.

Lo hicieron, hasta la llegada de míster Meeker y su esposa. Luego, comieron y por fin Glenarvon se dirigió a su casa en el coche.

—Pablo, tanto Marta como usted son un par de chismosos. ¿Por qué han ido corriendo la voz de que unos tipos estuvieron ensayando conmigo? ¿No comprenden que me han dejado en ridículo?

—Éste..., señor Glenarvon...

—Que no vuelva a suceder. ¿Entendido? O tendré que buscar otros que me cuiden la casa. Si el sueldo no les parece bueno...

—Claro que sí, señor Glenarvon, pero como usted no nos pidió que guardásemos silencio...

—Pues lo hago ahora. Pueden ustedes retirarse.

Cuando estuvo solo, se sentó en el porche para contemplar la puesta de sol. Y para meditar.

Para pensar en por qué diablos no le había dicho a Teal la visita que había tenido la misma tarde anterior a la noche en que recibió la otra, mucho menos agradable.

No encontró la respuesta. Sólo sabía que había callado. Pero...

¿No resultaba un poco extraño? Al fin y al cabo, *miss Shelton* había aparecido como llovida del cielo, y había desaparecido como tragada por la tierra. Igual que la lluvia en el desierto.

¿Por qué?

Sí. ¿Por qué? ¿Es que podrían tener relación entre sí aquellas dos visitas?

¿Qué le había dicho ella?

Nada en realidad. Que era su admiradora, con lo cual le había tapado la boca y los oídos, al hincharlo de vanidad, como un pavo real. Pero...

¿No le había dicho él algo, en cambio?

Procuró rememorar toda la conversación hasta la aparición por sorpresa de Eva.

Que vivía solo, contestando a una pregunta de ella, en la cual él

creyó ver el deseo de saber si era casado.

Eso era. Que vivía solo. Que sus criados estaban en Taos, y que pasarían allí la noche, seguramente.

—Tonto de mí —refunfuñó—. Tonto y mil veces tonto. Más que tonto, estúpido. Naturalmente. Por eso no la había encontrado a ella en ningún lugar de Taos.

Bueno, le quedaba una cosa que hacer.

Tomó el coche y marchó a la oficina del *sheriff* de Taos.

Éste y su ayudante estaban repasando unas cuentas. Alzaron la mirada.

—Míster Glenarvon, cuánto bueno.

—No mucho. Oiga, Grier, ¿usted habló con míster Teal?

—Pues...

—¿Lo hizo?

—Sí, Espero que no...

—No, no me ha molestado. Yo también he tenido una larga entrevista con él. Lo que quiero saber ahora es si alguno de sus muchachos de las patrullas camineras ha visto un «Chevrolet» verde con una mujer dentro.

—¿Nada más sabe eso? ¿Quién es?

—Una tal *miss* Shelton.

—¿Por qué quiere encontrarla? Creí que usted y *miss* Meeker...

—No se preocupe de eso ahora. ¿La han visto?

—No lo sé. Puedo hacer una llamada general a los coches.

—Hágalo por mí, ¿quiere?

—Con gusto.

Media hora más tarde tenían la contestación. La tarde anterior, un patrullero había visto un «Chevrolet» verde manzana conducido por una mujer. No sabía si era rubia o morena, porque llevaba un pañuelo en la cabeza y lentes oscuros. La había observado en la carretera de Santa Fe, cerca de Rinconado.

—Bueno, Glenarvon, ya lo sabe. ¿Para qué la busca?

—Un asunto particular, *sheriff*.

—¿Y me hace lanzar una llamada general para una cosa particular? ¿No es usted un poco bromista, Glenarvon?

—No, *sheriff*, lo siento, pero no puedo decirle nada más por el momento.

—Está bien. Por cierto, ¿qué le ha ocurrido a su cara?

—Tropecé con una puerta...

—Ya.

Los rostros de los hombres reflejaban una cierta sorna. Micky salió de la Jefatura. La noche en Taos suele ser tranquila, pero hay varios *cabarets* nocturnos abiertos.

Se metió en el «Tequila». El camarero principal, el hombre que se encargaba de los «cocktails» extraños, estaba en su puesto, con su sonrisa estereotipada.

—Buenas noches, míster Glenarvon. ¿Un «sidecar», tal vez?

—No, Ollie. Esta noche no. Quiero un poco de información solamente.

—Si puedo facilitársela...

—Ollie, por delante de su cocktelera pasan casi todos los visitantes de Taos. Quiero saber si ha visto usted a una mujer de alta estatura, de unos treinta años, de pelo oscuro y que probablemente llevaba un vestido de seda verde con listas blancas.

Había hablado en voz alta para dominar el ruido de las conversaciones a su alrededor. Ollie movió la cabeza negativamente.

—Una muy guapa, Ollie, procure recordar.

—Inútil, míster Glenarvon. Si hubiese estado aquí una dama de esas características, lo recordaría.

—Gracias, Ollie. Si la ve, ¿querría hacérmelo saber?

—Desde luego, señor.

—Bueno, póngame delante ese «sidecar».

Lo bebió lentamente. El hombre que había a su lado, y que estaba bebiendo un *whisky*, alargó la mano para coger una rosquilla del mostrador y tropezó con el brazo de Micky.

—Dispense.

—No tiene importancia.

Terminó el combinado. Salió a la calle y se preguntó qué podría hacer para encontrar alguna huella de la escurridiza *miss* Shelton.

El anuncio del «Tequila», violeta y oro, iluminaba intermitentemente la calle. En uno de los instantes de oscurecimiento, una mano se posó sobre su brazo.

Se volvió, sobresaltado. El hombre que había estado bebiendo junto a él en el mostrador estaba ahora otra vez a su lado.

—¿Qué desea?

—Quisiera hablar un momento con usted.

—¿Sobre qué?

—Usted ha estado preguntando... Pero no quiero hablar aquí.

—¿Dónde?

—Hay una taberna mejicana dos cuadras más allá. Allí podremos hacerlo.

Echó a andar, sin esperar a si Micky lo seguía. Pero iba detrás.

La taberna era de bajo techo, estaba encalada y tenía bancos y mesas de madera de pino sin pintar.

El hombre se sentó ante una de ellas. Llevaba un traje blanco, arrugado, y un sombrero del mismo color, pero con cinta negra, echado hacia los ojos.

—¿Una tequila?

—Bueno.

El tabernero les sirvió dos vasitos, el salero y un plato con rodajas de limón. Bebieron.

—¿Y bien?

—Usted ha preguntado por una mujer, ¿no es cierto? Lo he oído sin querer.

—¿Sin querer?

—Bueno, estaba al lado y... El caso es que lo he oído. Usted quería saber si alguien la había visto.

—¿Usted?

—Yo.

—¿Dónde?

—Amigo, esas informaciones... acostumbro a cobrarlas.

Micky examinó las ropas del hombre. Eran buenas, pero revelaban un largo y frecuente uso.

—¿Cincuenta dólares?

—Cien y no hablemos más.

—Cien si la información me sirve. Creo que es justo.

El otro asintió. Micky sacó cien dólares de la cartera y los colocó sobre la mesa, cogidos por el vaso.

—Pues bien...

—Un momento. Dígame cómo iba vestida.

—Un traje verde con listas blancas. Conducía un «Chevrolet» verde claro.

—¿La vio en la carretera?

—No; la vi en Taos. Bajándose del coche.

—¿Dónde?

—Ante el «Negulesco».

El «Negulesco» es uno de los cines de Taos. Glenarvon frunció las cejas.

—¿Entraba en él?

—Me pareció que sí, pero no le presté mucha atención. ¿Le vale el dato?

—¿Y la perdió de vista allí?

—Sí. ¿Le sirve?

—Supongo que sí. ¿Por qué tanto misterio para decirme esto?

—Pues...

Lanzó una mirada a su alrededor.

—Pues ya sabe usted cómo son esas cosas. Si se lo hubiera dicho en el momento, y sin ninguna preparación, usted no habría pensado que la cosa valía cien pavos, ¿no?

Micky se echó a reír. Pero en cierto modo estaba tranquilizado.

—Los vale. Cójalos.

—Bueno, amigo, si en algo puedo servirle... En otra época fui investigador privado, pero... las cosas... Un pequeño lío con la «poli» y me dejaron sin licencia.

¿Un investigador privado? Quizá podría servirle.

—Dígame su nombre y dónde puedo encontrarle.

—En el «Tequila», siempre que quiera. Allí me conocen. Pregunte a Ollie por Alvers. Ya me darán el recado.

—Y diga..., ¿cuándo vio a la mujer?

El otro vaciló ligeramente.

—Pues... anteayer.

Una campanilla de alarma comenzó a sonar en la cabeza de Micky. Pero su cara estaba impasible cuando cogió el billete. Como si estuviera pensando, lo dobló por una de sus puntas y apretó fuertemente, antes de tendérselo al otro.

—Se lo ha ganado, Alvers. Ya veré si tengo algo para usted.

—Gracias, amigo. Y ahora, si no le importa, tomaré otro tequila a su salud. Es lo más barato en este condenado país.

Lo tomó y se dirigió a la puerta después de tocarse el ala del sombrero en un mudo saludo de despedida. Micky esperó a que hubiera salido y lo siguió.

Lo vio desaparecer por la esquina de la calle del Gobernador Wallace, y continuó tras él.

La calle era larga y estrecha, como otras en la parte vieja de Taos. Y no estaba demasiado bien alumbrada.

Se componía casi toda de casas de un solo piso, muchas de ellas tabernas mejicanas.

Lo vio desaparecer en una de las casas, metiéndose por un portal que cerraba una reja.

Echó una mirada a la fachada para asegurarse de que la reconocería si la buscaba de nuevo, y luego volvió sobre sus pasos.

Un hombre avanzaba por la acera, en dirección contraria. Micky se salió a la calzada para dejarle el paso, ya que a juzgar por sus movimientos no estaba sereno, y el hombre hizo la misma maniobra.

—Dispense —dijo con voz ronca.

—No hay de qué.

—Dispense... por esto.

Se había acercado a Micky y su mano se aproximaba al estómago del escritor. Éste bajó la mirada. En la mano, que no temblaba, había una pistola automática.

—Siga hacia atrás, hermano.

—Escuche, usted...

—Siga hacia atrás y no haga preguntas, amigo.

Micky dio dos pasos hacia atrás, siempre con la pistola pegada casi a la hebilla del cinturón.

—Colóquese en la acera, junto a esa pared. Y no haga un solo movimiento sospechoso, porque...

Micky hizo el movimiento que no esperaba el otro.

Antes de partir para Corea le habían enseñado unas cuantas cosas, entre ellas a combatir con las manos desnudas a un enemigo armado. Si éste estaba muy cerca, había que dar un golpe de revés con el brazo derecho, lo que en esgrima se llama «en cuarta», para apartar el arma. Luego, meter la rodilla entre ambas piernas de su contrincante, procurando hacer el mayor daño posible...

Hizo el primer movimiento, y el arma se ladeó. El segundo no alcanzó al hombre, porque al parecer también sabía algo de lucha callejera. Pero sí el puñetazo que Micky le dirigió a la oreja.

El hombre cayó al suelo, privado del equilibrio, y quedó

apoyado sobre una rodilla. Desde allí disparó.

La bala silbó sobre la oreja de Micky y éste dio un salto atrás, casi involuntariamente. Entonces el hombre se puso en pie de un salto y echó a correr. Micky sabía que no se debe perseguir a un hombre armado, que al mismo tiempo está dispuesto a disparar. Vio cómo el otro volvía la esquina, y lanzó un suspiro de alivio.

—¡Canastos! —murmuró.

Y se dirigió hacia la otra calle, más iluminada, para salir de aquella especie de agujero.

CAPÍTULO V

El público estaba saliendo del «Negulesco». Micky esperó hasta que el último rezagado hubo cruzado la puerta, y se acercó al torniquete.

—Lo siento —dijo el empleado mirando los cinco dólares que le tendía—. No recuerdo haber visto... Espere —añadió al ver que a los cinco se habían unido otros tantos—. Sí, tal vez. Entró aquí.

—¿Cuándo?

—Pues... hace un par de días...

Micky le hubiera dado un puñetazo. Estaba mintiendo en su deseo de justificar la propina. Lo mismo que el tipo aquel que se hacía llamar Alvers. Por cierto que...

Ollie, el barman del «Tequila», movió la cabeza.

—No conozco a ningún Alvers, míster Glenarvon. Jamás recogí para él recado alguno. El tipo que estaba junto a usted lo he visto un par de veces esta tarde, pero no lo conozco.

Así que era mentira. Todo mentira. Pero... ¿por qué? ¿Qué había pretendido aquel individuo con semejante embuste?

En el momento en que iba a cruzar la puerta del «Tequila», vio a Teal. Estaba apoyado en el cartel que anunciaba a la «maravillosa, sublime, única bailarina brasileña Carmen La Torre», y fumaba un cigarrillo.

—Hola, Glenarvon.

Tiró el cigarrillo y cogió al escritor de un brazo.

—Venga para acá. ¿Qué es lo que está usted haciendo en Taos?

—Pues bebiendo unas copas y...

—No mienta, Glenarvon. Haciendo investigaciones por su cuenta, ¿no?

—Pues...

—Glenarvon, el asunto es serio. No ande tonteando. Me obligaría a enfadarme.

—Pues, enfádese, canastos, pero quien recibe los golpes soy yo, no usted.

—¿Qué anda buscando?

—Una mujer.

—¿Cuál? No me había usted hablado de ella, ¿verdad?

—La realidad es que se me olvidó. Pero...

—Dígamelo todo.

Micky lo hizo.

—Vamos a ir a esa casa.

Entraron en la calle que lleva el nombre del que fue gobernador de Nuevo Méjico y autor de

«Ben-Hur»,

y Glenarvon lo siguió hasta la casa que tenía una reja en el portal.

—Vamos.

Entraron. El portal era oscuro, iluminado sólo por una bombilla gastada. Lo siguieron en toda su longitud, hasta llegar a una puerta. Teal llamó con los nudillos.

Tardaron en abrir. Un hombre, en camiseta, apareció en el umbral.

—¿Sí?

—Hace un rato ha entrado aquí un hombre. Descríbalo, Glenarvon.

Mickey lo hizo. El hombre de la camiseta movió la cabeza negativamente.

—Aquí vivimos solo mi mujer y yo. No hemos visto a nadie. Ni nadie ha entrado.

—¿Este portal tiene alguna otra salida?

—Una que da al comercio de al lado. Es la salida de la taberna.

Encontraron la puerta enseguida. No la habían visto antes porque estaba pintada del mismo color que el resto de la pared. Teal la empujó. Estaban en la trastienda de la taberna.

Un hombre con delantal blanco se les quedó mirando. Vuelta a comenzar la descripción. El hombre se encogió de hombros.

—Entra tanta gente que no nos fijamos, a no ser que alguien nos llame la atención particularmente. ¿Dice usted que lleva un sombrero blanco y un traje blanco? Espere, me parece que sí..., creo

que sí. Hará una media hora, ¿no?

—Sí.

Pasó por nuestro lado en el bar, y salió a la calle, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Oyeron ustedes un disparo?

—La televisión estaba a toda potencia y había una película de vaqueros. Difícilmente de oíría nada.

Glenarvon asintió. Ahora recordaba los ruidos de la televisión.

Salieron a la calle. Teal se le quedó mirando.

—Vamos a mi habitación.

Estaba instalado en el hotel «Taos», en un cuarto confortable. Sacó una botella de la maleta y sirvió dos vasos.

—Glenarvon, me voy a ver obligado a echarle una regañina. No me gusta que me oculte cosa ni que ande por ahí haciendo preguntas. Puede ser peligroso para usted y para nosotros.

—¿Me lo dice a mí, Teal, que puede resultar peligroso?

—Sí —respondió secamente—. No parece sino que usted anda buscando que lo supriman.

—¿Yo?

Glenarvon estaba sinceramente indignado.

—¿Así que debo quedarme quieto para que hagan conmigo lo que les de la gana?

—Mire, Glenarvon, ya le he dicho que nosotros procuraríamos que no le ocurriese nada, pero si sigue usted tratando de andar con sus propios pies, algo le puede suceder. Y nosotros no estaremos allí para guardarle las espaldas. Ahora me va a prometer que se volverá a su rancho y permanecerá quieto en él. ¿Comprendido?

—Teal, permítame una pregunta. ¿Cuántos hombres tiene usted?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque si es usted solo, ¿cómo diablos me va a proteger de esos individuos? Ellos son varios.

—No se preocupe por eso, Glenarvon. Ya me las arreglaré. Déjelo de mi cuenta.

Hizo una pausa.

—Usted cree que esa mujer tiene algo que ver con los que le golpearon en su casa, ¿no?

—Claro que sí. Tiene que ser así. Apareció demasiado oportunamente como para no estar complicada en el asunto.

—Dice usted que es alta, de pelo oscuro y ojos verdosos...

—Sí. ¿Tiene usted idea de quién pueda ser?

—No muy clara. Y ahora, vuélvase a su rancho.

—¿Puede usted prestarme una pistola?

—Puedo hacerlo, pero... ¿tiene licencia de armas?

—No.

—Bueno, eso podríamos conseguirlo. Pero tiene que prometerme no intentar meterse en líos.

—Lo prometo, pero si los líos vienen a mí, «quiero» poder defenderme.

—Vamos a ver al *sheriff*.

El *sheriff* Grier no puso reparos. Extendió una licencia provisional a nombre de Michael Glenarvon.

—Pero si sigue usted llevando armas, tendrá que legalizar esta licencia en Santa Fe. Esta de aquí le da derecho a portarla por sólo tres días.

—Gracias, *sheriff*.

—Hemos seguido buscando a la mujer, pero no hemos encontrado huellas suyas —dijo Grier—. Parece como si se hubiera desvanecido en el aire.

—Demasiado voluminosa para ello —respondió Micky. Se volvió hacia Teal—: ¿Le digo...?

—Sí. Yo mismo lo haré.

Y le contó lo que le había ocurrido en el callejón del Gobernador Wallace. El *sheriff* movió la cabeza.

—Bueno, eso corresponde a la policía de Taos, no a nosotros, pero podemos hacer alguna discreta averiguación si usted quiere.

—No hace falta —dijo Teal que parecía indiferente—: Vámonos. Salieron de la oficina de Grier.

—Bueno, ¿se va ir a su casa?

—Sí.

—Tenga.

Le alargó una pistola de pequeño calibre.

—No la use a no ser que le resulte absolutamente imprescindible. Nada más fácil para un hombre armado que hacer uso de sus armas.

—Bueno, no tiene por qué soltarme ahora ningún discurso. He manejado muchas armas en mi vida.

Teal le alargó la mano.

—Hasta la vista.

—Espere, ¿cuándo lo veré?

—No lo sé con exactitud. Pero ya me pondré en contacto con usted.

—¿Puedo preguntarle cómo van sus investigaciones?

—Puede preguntar lo que quiera, pero siento no poder responderle. Seguimos con ellas, eso es todo.

—Adiós.

Volvió adonde había dejado su coche y rodó hacía el «Tequilas». Tenía la esperanza de volver a encontrar al escurridizo míster Alvers. Ollie le dijo que no había aparecido por allí.

Se tomó otro «sidecar» lentamente. Estaba pensando.

¿Habría llegado aquella mujer a Taos únicamente para entrevistarse con él? Cualquiera allí podía saber que Pablo y Marta salían todas las semanas una vez y lo dejaban solo. Si no lo sabían, podían averiguarlo preguntando a los criados. No eran de los que ocultan nada, con tal de charlar. En ese caso... ¿Habría ella llegado allí nada más que para verlo durante unos instantes, unos minutos?

Si no era así, debía estar en algún sitio. En alguno de los ranchos de alquiler de la región o en el mismo Taos, en casa de alguien conocido. ¿Lo tendría Teal en cuenta?

—Por cierto, míster Glenarvon —dijo Ollie apareciendo a su lado—. Estuvo aquí *miss* Meeker hace una hora. Preguntó por usted.

—¿Se volvió a marchar?

—Pues... no lo sé muy bien. Habló con uno de los camareros, no conmigo. Y el muchacho le dijo que usted andaba buscando a una chica.

—¡Santo Dios!

Glenarvon lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Eso le dijo el camarero?

—Sí, señor. Lo siento. Si hubiera hablado conmigo...

—Pues la han hecho ustedes buena. ¿Hacia dónde se fue *miss* Meeker?

—No puedo decírselo.

Así que en este momento Eva Meeker sabía que él había estado preguntando por una joven, y sabía también que no era por ella. Un sudor frío le recorrió la espalda. Aquello no iba a servir,

evidentemente, para que Eva confiase de nuevo en él. Las cosas se complicaban de una manera estúpida.

Se dirigió al teléfono y llamó al rancho de los Meeker. Lo cogió la negra.

—Miss Meeker está en Taos, míster Glenarvon.

—Bueno, pero ¿sabe usted dónde, Lizzy?

—Lo ignoro, señor.

—Si vuelve, haga el favor de decirle que mañana por la mañana iré a verla. Que tengo que hablarle.

—Lo haré, señor.

Colgó el teléfono y se limpió el sudor que le corría por la frente.

Diablos, qué manera de embrollarse las cosas.

Eva lo iba a enviar a los demonios, y con toda la razón, por otra parte. No se puede hacer el amor a una muchacha como ella y que lo encuentren a uno persiguiendo a otra mujer. No se debe, sencillamente. Y era cierto lo de que Eva encontraría cientos de hombres que correrían detrás de ella con sólo alzar un dedo en el aire.

Decidió que tenía que verla esta misma noche.

Para ello lo mejor era recorrer todos los lugares de diversión en Taos. Lo hizo, uno por uno, pero no la encontró. Ella tenía bastantes amigos en Taos, por lo que pensó en ir a preguntarles, pero...

¿No resultaría un poco ridículo tratar de localizar a su prometida en las casas de sus amigos? ¿Y si ella se había enfadado ya y lo recibía con cajas destempladas delante de extraños?

Desalentado decidió que lo mejor era dejar correr las cosas. Cuando subió a su coche añoraba la bendita tranquilidad de que disfrutaba sólo tres días antes.

Llegó a su rancho, pero no entró en él. ¿Y si se acercase al de los Meeker por si Eva hubiese vuelto?

No parecía mala idea.

Así, pues, continuó el viaje. Cuando llegaba ante el rancho de los Coleman, frenó y metió el coche por el camino transversal. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, pero el caso es que se encontró ante el porche de la casa abandonada casi antes de darse cuenta de que lo hacía.

Permaneció un momento sentado ante el volante, mirando la casa. Ésta estaba a oscuras. Algún coyote aullaba en las lejanas

montañas.

«¿Qué diablos piensas que vas a hacer aquí?», se preguntó.

Su mano se dirigió hacia la guantera y sacó la linterna. La noche era muy oscura cuando salió del coche. El viento del desierto soplaba fuertemente.

Subió los dos escalones del porche y probó la puerta. Estaba abierta, tal y como quedó cuando él rompió la cerradura tres noches antes.

Enfocó la linterna. El salón estaba vacío. La chimenea...

Se dirigió hacia ella y paseó la linterna por los adobes del interior, requemados por los fuegos encendidos antiguamente en ella. Con gran cuidado fue recorriendo los ladrillos, uno por uno, con el rayo de luz. Evidentemente, la bala tenía que haber seguido una trayectoria sensiblemente paralela al suelo. Suponiendo que el hombre que le disparase tuviera una altura parecida a la suya...

Allí estaba. La prueba de que alguien le había tomado por blanco.

Un desconchón en los adobes. Sacó su cortaplumas, manteniendo la linterna cogida bajo el brazo y por fin tuvo en las manos el diminuto trozo de plomo enfundado en níquel. Lo guardó en el bolsillo y volvió al centro de la habitación.

«Vamos a ver —pensó—. Ellos se creen que yo pude coger algo. Pero el hombre que disparó contra mí, sabe que no pude recoger nada. Perdí el conocimiento apenas entré en la casa».

Luego debía ser algún otro. Alguien que ignoraba que él no había tenido tiempo material de apoderarse de nada. Y, por otra parte, si creían que él lo tenía, era porque ellos no lo habían logrado. Quizá estuviera en algún lugar de la casa... Pero ¿dónde? ¿En qué sitio podía estar oculto?

Los cuartos del piso de arriba.

Subió lentamente, enfocando los escalones con su linterna. En el primer cuarto, que debió ser un dormitorio, y que estaba vacío..., nada.

En el segundo, lo mismo.

Mientras lo recorría, se detuvo de pronto.

La luz. Había luz eléctrica cuando él llegó al rancho. Luego alguien había traído un fusible para colocarlo en el paso de la corriente y darle entrada a ésta. La Compañía no debía haber

cortado el suministro.

Eso quería decir que los que llegaron allí, el hombre que disparara contra él y la muchacha rubia, sabían que no había luz. Y se habían traído un fusible, lo habían colocado y se lo habían vuelto a llevar.

Pero..., ¿qué sacaba de todo aquello?

Sí, servía para saber que los que lo atacaron, o el que lo atacó, necesitaba luz. Y no podía ser el dueño de la casa, aquel Coleman, porque si éste había regresado para buscar algo que se dejó, sabría dónde encontrarlo. Otras personas, pues, eran quienes llegaron a la casa abandonada.

Otras personas. Una chica que había sido secretaria, y que según Teal, había estado liada con un tipo poco recomendable.

Seguro que era eso.

Oyó el ruido del automóvil y apagó la linterna inmediatamente.

Se asomó a la ventana. Los faros del coche se acercaban lentamente por la carretera. Llegaban al cruce con el camino transversal y se detenían.

Diablos.

¿Quién?

Su mano derecha apretó la pistola. Bueno, si eran «ellos», esta vez no lo iban a coger desprevenido. Podría devolver golpe por golpe. Y eso de que no disparase, como le había recomendado Teal..., iba a ser pura broma. No estaba dispuesto a dejar que lo acribillasen por darle gusto al agente.

Pero ¿qué diablos estaba haciendo, fuera quien fuese?

Habían apagado los faros del coche. Escuchó atentamente. ¿Por qué no se acercaban?

Se aproximaban.

Alguien andaba sobre la arena del camino transversal. Bueno, que llegasen hasta allí. Tendrían que encender la luz.

Los pasos se habían detenido. El visitante debía...

¡Diablos, su coche! El que llegaba tenía que tropezar casi con su coche, y sabría así que alguien estaba escondido en la casa. ¿Por qué diablos no habría dejado el automóvil un poco más allá? Se maldijo por su imprevisión.

Un delgado rayo de luz atravesó las tinieblas allá abajo y se apagó casi al instante. Luego unos pasos que corrían, pero en

sentido contrario al que trajeran.

Glenarvon no lo pensó más. Bajó la escalera corriendo y se precipitó al exterior, justo en el momento en que el otro coche arrancaba.

Montar en el suyo no le llevó más de quince segundos, y otros cinco el ponerlo en marcha.

Vio a lo lejos las luces de los faros del coche, que se alejaba a ochenta millas por lo menos. Pero su «Packard» casi podía doblar aquella velocidad.

Lo vio a lo lejos doblar por la carretera de Ratón, que cruza el Bosque Nacional de Carson, y lo siguió, apretando salvajemente el acelerador. Tenía que tratar de alcanzarlo antes de que la carretera comenzase a trepar por los montes Rincón.

El perseguido también apretaba el acelerador. Micky se dio cuenta de que no podría soportar mucho tiempo aquella carrera. La carretera era buena, pero no una autopista. Un derrape cualquiera en una curva y lo enviaría directamente al cielo o al infierno.

Y siempre la luz de los faros a la misma distancia.

En Agua Fría, donde él había ido algunas veces a tomar unas copas, el coche perseguido bajó la velocidad. Micky pensó rápidamente. Con un poco de corazón podría alcanzarlo, pero si había alguien en medio del camino, se lo llevaría por delante sin poderlo remediar. Mantuvo la velocidad hasta casi las primeras casas del pueblo y entonces vio al camión que se le echaba encima.

Pisó el freno, agarrándose al volante, y las llantas chirriaron.

Tuvo que dar una ligera vuelta al volante, o se hubiera estrellado contra el camión.

Y después de éste llegaba otro.

Con un suspiro de desesperación, Glenarvon clavó el freno. El camionero había asomado la cabeza por la ventanilla y lo insultaba en inglés y en español con tanta fluidez como entusiasmo.

—Lo siento —dijo Micky.

—Usted lo lamenta, pero si se estrella contra mí estaríamos ahora en el hospital, maldito loco. Lo voy a denunciar a la patrulla caminera. Ya tengo su matrícula.

—Bueno, pues haga con ella una sopa y cómasela.

Glenarvon pisó el acelerador y atravesó el pueblo. Pero más allá de él lo único que pudo observar, fueron los faros de la caravana de

camiones que se dirigían hacia Santa Fe.

Dio la vuelta y comenzó el regreso. Cuando estaba a medio camino entre Agua Fría y Taos, dos motos se colocaron a su altura y los policías le hicieron señales de que se aproximase a la cuneta. Obedeció.

—Así que es usted el que anda haciendo el loco por la carretera, ¿no? Bueno, hermano, venga, écheme su aliento.

Micky apretó los labios.

—Creo que no, oficial.

—¿Ah, no? Bueno, en ese caso...

Se bajó de la moto y cogió el teléfono portátil de la radio.

—¿Qué va a hacer?

—Llamar a la jefatura para que envíen por usted. No cogerá su volante otra vez.

—Bueno, dígame a Grier que soy Glenarvon.

—¿Usted conoce al *sheriff*?

—Sí.

—No crea que eso le va a librar de la multa, hermano. Por cierto que dijo... ¿Glenarvon?

—Sí, Michael Glenarvon.

El policía patrullero consultó en voz baja con su compañero.

—Escuche, Glenarvon, ¿hará alguna tontería si le pedimos que nos acompañe a Taos?

—No, pero llame al *sheriff* y déjeme hablar con él.

—No puedo hacer eso. El teléfono sólo lo podemos utilizar nosotros.

—Pues entonces...

Estaba rabioso. Si lograra hablar con Grier tal vez podrían parar a aquel coche en alguna parte. Pero, por otra parte, ¿a quién iban a detener? No conocía ni la marca del coche ni quién era su ocupante. Ni siquiera si era un hombre o una mujer.

Y no era cosa de ponerse a contarles a los patrulleros cosas que afectaban a la seguridad nacional.

—Escuchen, ¿podríamos alcanzar a los camioneros que me denunciaron?

—Sí, supongo que sí.

—Vamos, entonces. Quiero preguntarles unas cosas.

—Ellos estaban en su derecho. Dicen que se les echó usted

encima a ciento veinte.

—Y tienen razón. Pero deseo consultarles algo.

Alcanzaron a los camiones con los que estuvo a punto de tropezar. El motorista paró al primero. Éste, al ver a Glenarvon, se encrespó.

—Ah, bueno, ya tienen al maldito loco. Oficial, deben ustedes meterle en la sesera el reglamento de carreteras.

—No se trata de eso. Escuche, delante de mí iba otro coche.

—Claro que sí. Y ojalá lo hayan cogido en alguna parte o se haya estrellado. Estaba tan loco como usted.

—¿Vio de qué marca era?

—¿Marca? Vamos, ¡si iba lo menos a ciento diez! ¿Sería usted capaz de reconocer una marca a esa velocidad?

—¿Lo conducía un hombre a una mujer?

—¡Yo qué sé! Sólo pude darme cuenta de... Bueno, ahora recuerdo, era verde.

—¿El coche?

—Hombre, claro.

—¿Verde, seguro?

—Sí. Pero, bueno, oficial, ¿es que este hombre...?

—Cállese.

Siguieron hasta Taos y descendieron ante la oficina del *sheriff*. Y junto a éste estaba Teal. La cara del agente aparecía tormentosa.

CAPÍTULO VI

Micky no les dejó hablar a ninguno de los dos.

—*Sheriff*, Teal, quiero hablar con ustedes reservadamente.

El *sheriff* hizo señas a los patrulleros de que saliesen.

—¿Y bien? Va usted a tener que explicar muchas cosas, Glenarvon...

—¡Después! Teal, el coche verde de la mujer aquélla, la Shelton, huye en estos momentos camino de Ratón o de algún otro lugar por el estilo. ¡Tienen ustedes que dar la alarma!

—¿Cómo sabe que es ella?

Micky se lo explicó rápidamente. Grier cogió el teléfono, pero Teal alargó la mano.

—Déjelo.

—¿Cómo que lo deje? —preguntó Micky furioso—. ¿No le digo que...?

—Déjelo, he dicho. Glenarvon, venga conmigo.

Lo llevó a un rincón del despacho. El *sheriff* alargó sus grandes orejas hacia ellos, pero sólo pudo percibir el sonido de la voz del agente.

—Glenarvon, ya ha hecho usted bastantes cosas raras.

Micky irguió su alta estatura.

—Como quiera, Teal.

—¿A qué demonio fue al rancho de los Coleman?

—Ya le dije que me dirigía al de mi prometida, cuando pasé por allí y se me ocurrió echar una ojeada...

—Nosotros estábamos vigilando ese rancho, Glenarvon.

—En ese caso, ¿por qué no persiguieron...?

—No nos dio tiempo. Huyó demasiado aprisa, asustada por usted.

—¿Asustada?

—O asustado, no lo sabemos.

Micky arrugó los párpados.

—¿Desde dónde vigilaban?

—Desde Mesa India. Tenemos allí un puesto de observación. Vimos llegar el coche de usted y cuando estábamos pensando en bajar para avisarlo, llegó el otro.

—¿Que vieron llegar mi coche...? Ustedes están locos. Era la noche más oscura que...

—Tenemos nuestros propios medios para investigar incluso en una noche oscura.

—Pues no sé cómo...

De pronto recordó que en la lucha contra los japoneses en las islas, el ejército americano había empleado haces de rayos invisibles que permiten ver en la oscuridad.

—En ese caso, ustedes vieron qué coche...

—Lo vimos.

—Y quién llegó hasta el porche...

—Nos lo impedía un ala de la casa. No, no sabemos si era hombre o mujer quien llegó. Pero sí que hubiéramos podido capturarlo si no hubiera sido porque, quienquiera que fuese, vio su coche y se asustó.

—Lo siento, Pero usted debió advertirme.

—¿Es que tengo que avisarle de todos nuestros pasos, Glenarvon?

—Lo lamento, repito. Y ahora...

—Y ahora sabemos que lo que buscan sigue estando en el mismo lugar. En la casa. Y que les corre mucha prisa cogerlo.

—¿Por qué no deshacen la casa? Pulgada a pulgada...

—Queremos atraparlos a ellos, Glenarvon; a ellos y a lo que buscan. Pero queremos cogerlo todo. Y usted está interfiriendo...

Su rostro estaba sombrío.

—Está desarreglándolo de una manera sistemática. ¿Quiere largarse de una vez a su casa y dejar todo el asunto?

—Ahora mismo. Sólo queda la cuestión del exceso de velocidad...

—Lo arreglaré coa el *sheriff*. Eh, Grier, ¿puede quitarle la multa a Glenarvon? Mejor dicho, no anularla, sino diferirla.

—¿Quiere decir encarpetaría hasta después?

—Algo por el estilo. Y si vuelve a molestar, le dejan caer el peso de la ley encima.

Grier sonrió.

—Conducir borracho, por ejemplo, y a ciento veinte millas por hora.

—Exacto.

—Partida de granujas... —murmuró Micky entre dientes.

Se dirigió hacia la puerta.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. No colabores nunca en la policía o habrás ayudado a un montón de desagradecidos.

Teal salió detrás de él.

—El asunto es serio, Glenarvon. No es cosa de risa ni de novelas. Cuando está por medio la seguridad nacional, no distingo entre amigos y enemigos.

—Tómelo con calma. Ya me largo. Pero si alguien intenta penetrar en mi rancho le pegó un tiro y pregunto después. Para eso llevo la licencia de armas y una pistola.

—Mañana iré a verlo a usted.

—Bueno, como quiera, mi casa está abierta para todo el mundo.

Subió a su coche y se dirigió a su rancho. Lo que quedaba de la noche lo durmió de un tirón.

A la mañana siguiente, Marta le anunció que *miss* Meeker deseaba verlo. Se afeitó rápidamente, tomó una ducha y salió al porche. Eva, vestida con una blusa de seda y pantalón de montar, estaba sentada en el sillón del escritor.

—Querida mía...

—No te acerques. Espero que hayas encontrado a tu querida admiradora.

—Pero, Eva, por el amor de Dios...

—He venido a decirte que puedes dedicarte por entero a esa *miss* Shelton, ya que por lo que a mí respecta, le dejo el campo libre.

—Eva, estás diciendo disparates... Si me dejas explicarte...

—No pienso escuchar ni una sola palabra más. Desde este momento eres libre de hacer lo que desees e ir a donde quieras.

Un coche avanzaba por la carretera y se detuvo a la puerta del rancho. Teal bajó de él.

—Maldición —dijo Micky.

—¿Te estás dirigiendo a mí, patán?

—No, diablos, me estoy refiriendo a ese hombre.

—¿Quién es?

—Pues es... Mira, Eva, si te esperas un momento, yo...

—No tengo ningún interés en escuchar nuevas mentiras. Adiós.

—¡Eva!

Eva pasó junto a Teal, el cual se quitó el sombrero. Pareció no verlo y montó en su caballo. Un momento después, galopaba hacia el sur.

—Espléndida muchacha —dijo Teal.

—¿La ha visto?

—Sí.

—Bueno, pues sepa que desde este momento ya no es mi prometida. Y que todo ello se lo debo a usted.

—¿A mí?

—Sí, rayos, a usted. Se ha enfadado porque no he podido explicarle a qué se debe mi interés por *miss* Shelton.

—Espero que habrá sido usted discreto.

—Sí, ¡por todos los diablos! Y no crea que es mérito mío. Un poco más y le digo qué es lo que me atrae hacia *miss* Shelton.

—Hubiera usted hecho una tontería. *Miss* Meeker puede ser una excelente muchacha, pero no me fío de las mujeres cuando se trata de la defensa nacional.

—¡Me está usted cargando con tanta defensa nacional!

—Espere un poco, antes de decir algo de lo que luego se pueda arrepentir.

Teal se sentó en los escalones del porche.

—Le dije quién era la mujer a la que pertenecían los cabellos encontrados en el rancho de los Coleman, ¿verdad?

—Sí. Una tal... Sirena Cogan.

—Tiene usted buena memoria. Sí, eran de ella. Y esa mujer desapareció hace cinco meses en circunstancias algo extrañas. Era secretaria de un tal Minien, un individuo que tiene en San Diego una oficina de importación y exportación.

Micky estaba comenzando a interesarse.

—Ésa es la nube de humo que oculta muchas veces otras actividades, ¿no es así?

—Sí, pero en este caso no lo es. La oficina es genuina y míster

Minton se dedica efectivamente a la importación y exportación de productos agrícolas. Bien, Sirena Cogan desapareció. Un día no acudió al trabajo. Míster Minton trató de localizarla, ya que era ella la que le llevaba gran parte de los asuntos, pero no la encontró. Nadie la había visto, nadie sabía nada.

Encendió un cigarrillo.

—No tenía parientes y vivía en una pensión. Pero se ignoraba su vida particular. Sólo que se veía muy a menudo con un tipo, un tal Allen, que había sido detenido varias veces como sospechoso en asuntos poco limpios. Tráfico de drogas y demás. Nunca se le había podido probar nada, sin embargo.

Dio una chupada al cigarrillo.

—¿No podría usted darme una taza de café?

Micky llamó a María y le ordenó que trajera café.

Lo tomaron. Teal chasqueó la lengua. Sus ojos azules eran fríos y poco amistosos.

—Minton creyó que acaso habría sido asaltada o raptada y dio aviso a la policía. El F.B.I, intervino en el asunto, pero no descubrió nada.

—¿Y Allen?

—Declaró que no sabía nada acerca de la muchacha y no se pudo probar lo contrario. Pero el F.B.I, recogió las huellas dactilares de la joven en la oficina y en la pensión, así como muestras de sus cabellos. Había bastantes en un peine. Eran unos cabellos... raros.

—¿Por qué? —preguntó Micky que ya no ocultaba su interés.

—La patrona de la pensión dijo que la Cogan había sufrido un accidente en una peluquería, hacía algunos días. Le habían quemado el cabello con un colorante. Fue indemnizada, pero se le advirtió que el pelo podría caérsele, aunque le crecería otra vez. Cuando encontramos los cabellos en el rancho de los Coleman, los mandamos analizar. Habían sido quemados recientemente y perdían su vitalidad. Se lo indicamos al F.B.I, y éste nos pidió las muestras. Enseguida comprobaron que eran los mismos.

Micky estaba tomando rápidamente notas mentales. Allí había un buen argumento para una novela.

Teal pareció adivinar sus pensamientos.

—Así que sabemos que la Cogan estuvo en el rancho. Y acompañada por un hombre.

—Por el que intentó asesinarme.

—Exacto.

—Y, ¿quién...?

—No lo sabemos. Pero... descríbame usted a Alvers. Micky lo hizo.

Teal asintió.

—Pudiera ser.

—¿Quién?

—Allen. Sus características son parecidas y sabemos que ahora no está en Los Ángeles.

—En ese caso, ¿sería él quien disparó contra mí?

—No lo ignoramos. Puede ser.

Micky pensó rápidamente.

—¿Qué podía querer esa pareja en el rancho de los Coleman?

—Lo ignoro, pero tenemos alguna idea. Cuando los Coleman se marcharon, quizá debido a una denuncia del socio que les proporcionaba el material en Los Álamos, debieron dejarse algo olvidado o no pudieron llevárselo. Y quieren, por todos los medios, recuperarlo. Estamos tratando de establecer alguna relación entre ellas, Allen y la Cogan. Si lo conseguimos, sabremos bastante más.

—Un momento, Teal.

—¿Sí?

—¿Quién, según usted, puede ser esa *miss* Shelton?

—No tengo la menor idea. Y estoy pensando que haga usted un retrato robot de ella. Tal vez podamos así establecer su identidad.

—Estoy dispuesto...

Recordó el asunto de Eva.

—Bueno, ahora ya nada importa. He perdido mi prometida y estoy desperdiciando días y días de trabajo, iré a donde usted quiera.

—Tal vez no sea necesario que se mueva usted de aquí.

—Le gustaría tenerme aquí como cebo, ¿eh?

—No le negaré que así es.

—Sin recompensa alguna, ¿verdad?

Teal lo examinó con sus fríos ojos azules.

—Le he dicho mucho más de lo que hubiera confesado a nadie, y eso que usted me ha proporcionado un par de dolores de cabeza.

—Bien, dígame otra cosa, entonces: ¿Qué estaban sacando de

Los Álamos?

—Información sobre nuevos isótopos radiactivos. Ignoro los nombres técnicos, pero algo así era.

—¿Muy importante?

—Todo lo que se refiera a la investigación nuclear lo es, usted debería saberlo.

—¿Sacaron mucho?

—Eso no nos lo han dicho, ni es cometido nuestro. Sólo que hubo filtraciones. Uno de los técnicos extraía la información y la pasaba a los Coleman. Se suicidó cuando supo que lo habían descubierto. Por eso sólo sabemos que se trataba de los Coleman. Intervinimos la última remesa que les hizo. Por cierto, que el modo como lo pasaba era realmente ingenioso.

—¿Cuál?

—La información iba en pañuelos.

Glenarvon frunció las cejas.

—¿En pañuelos?

—En pañuelos de seda, si, Glenarvon. Toda la ropa de los que trabajan en Los Álamos es lavada allí mismo, e investigada por los servicios secretos. Nadie podría sacar nada en ellas. Pero las prendas personales, tales como los trajes, y también los pañuelos del cuello, artículos que se llevan encima cuando uno sale, son más difíciles de investigar. El método que utilizaba el técnico muerto era el de arrancar hebras de seda de los pañuelos, hasta formar números, mediante una clave establecida de antemano. Algo así como las carreras en las medias de las mujeres.

—¿Siempre el mismo pañuelo?

—Suponemos que no. Comenzamos a sospechar cuando el técnico se dejó olvidado un pañuelo en un bar de Santa Fe, y Coleman lo recogió. Y cuando una tienda de artículos de caballero de la misma ciudad en la que investigamos nos dijo que había vendido dos en poco tiempo a ese mismo técnico.

—¿Y cómo sospecharon de los Coleman?

—Una casualidad. Un camarero del bar de Santa Fe, reconoció a Coleman cuando éste cogió el pañuelo. Le preguntó si era suyo, y Coleman dijo que, naturalmente, sí lo era. Pero el camarero estaba seguro de haber visto olvidarse ese pañuelo al técnico. Ahí comenzamos a trabajar y... se enredó la cosa.

—Sí que es ingenioso. Teal, ¿quién era su hombre aquí?

—El ayudante del *sheriff*.

Hubo un silencio. Glenarvon lo rompió el primero.

—¿Qué quiere que haga, Teal?

—Que permanezca en este lugar.

—¿Tienen ustedes vigilado el rancho de los Coleman?

—Sí, desde muy lejos, para no infundir sospechas. Pero lo que ellos buscan debe ser muy importante. Se están arriesgando mucho para conseguirlo. Y como ellos piensan que lo tiene usted... Tienen que volver a buscarlo.

—¿Y si estuviera aún en la casa?

Teal se encogió de hombros.

—¿Qué cree usted que ocurrió en aquel rancho esa noche, Teal?

—No lo sé. No es fácil saberlo.

—Pero en algún lado tiene que haber una mujer herida o muerta...

—Hemos investigado en los hospitales de todo el Estado. No se ha encontrado ninguna mujer en esas condiciones.

—Pues en alguna parte debe estar. Yo oí los gritos y la vi tendida en el suelo y no creo que montaran una comedia en mi exclusivo beneficio, teniendo en cuenta que ignoraban que yo iba a llegar.

Teal se puso en pie.

—Bien, sea como sea, he de irme. Quedamos en ello, ¿no?

—Está bien.

Teal se dirigió a su automóvil y arrancó un momento después.

Micky se quedó en el porche, preguntándose qué podría hacer. No tenía teléfono en el rancho, así que no podía llamar a Eva. Y, sin embargo, tenía que hablarle.

Bueno, fuera como fuese, no creía que la prohibición de Teal acerca de sus movimientos se extendiese el punto de impedirle ver a su prometida. Quizá podría alcanzarla con el coche si ella había ido con el caballo por la carretera.

Cogió su «Packard» y emprendió el camino.

Llegó hasta el rancho de los Meeker, sin haber encontrado a la joven. Mister Meeker lo recibió. Bastante fríamente por cierto.

—Micky, me parece que usted está tomando un camino equivocado en lo que se refiere a Eva.

—Lo siento, Meeker, pero...

—No es de las que soportan determinadas cosas. Ciertas... veleidades.

—Le aseguro que no ha habido ligereza alguna en mi conducta, Meeker. Lo que ocurre es que una serie de coincidencias desgraciadas...

—Mire, Glenarvon, yo he vivido bastante. Sé que cierta clase de situaciones sólo se dan si uno lo busca.

—Le aseguro que...

—No es ése el camino, Micky, se lo repito. Conozco a Eva y sé que en un momento de furia puede romper cualquier compromiso.

—¡Canastos, Meeker! ¿Está Eva en casa?

—No. ¿No había ido a verlo a usted?

—Pues... sí, pero se marchó de mi casa hace ya más Me una hora. Iba a caballo.

—Bueno, ya sabe usted cómo es. A veces tarda mucho en regresar. Y, Glenarvon, le aseguro que su actitud es equivocada. Eva no se casaría con un Don Juan.

—¡Pero si no lo soy, diablos! Usted está equivocado.

—Como quiera. ¿Quiere beber algo?

—Un vermut... No, demonios, vermut, no. Un *whisky* sencillo.

Míster Meeker llamó a Lizzy y le pidió las bebidas.

Una hora más tarde la joven no había regresado.

—Tengo que marcharme —dijo Glenarvon—. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirle a Eva que he tratado de verla?

—Lo haré, pero...

—Por favor, límitese a decírselo. Y que haré lo mismo mañana y cuantas veces sea necesario.

—De acuerdo, pero Glenarvon...

Micky no le oía. Tomó el coche y volvió a su rancho, donde pasó el resto del día.

A las ocho de la noche, un coche paró ante su porche. Al ver que era uno de los de Meeker, Glenarvon sintió que su corazón latía apresuradamente. Eva, con seguridad.

No lo era. Sí míster Meeker, con cara de preocupación.

—Glenarvon, ¿no ha visto a Eva?

—Claro que no. ¿Ocurre algo?

—Pues... no ha vuelto. Nunca suele tardar tanto.

—Puede que haya ido a Taos, o quizá hasta Santa Fe.

—He llamado a los lugares a que suele ir. No la habían visto. Prácticamente no la han visto en ninguna parte.

Micky se sintió intranquilo también.

—Es cierto... iba a caballo. Pero, podrían haberla llevado en algún coche.

—Ella no hubiera dejado el caballo en cualquier parte. Era uno de sus favoritos, y aunque no lo fuera...

No lo habría dejado en medio del campo. Estoy preocupado, Glenarvon.

—Y yo comienzo a estarlo también, diantres. Hay que hacer algo.

—Pensaba ir a ver al *sheriff* una vez que hubiera comprobado que no estaba mi hija aquí.

—Pues vamos.

Mientras arrancaban, Meeker dijo:

—Glenarvon, si algo le ha ocurrido a Eva, le consideraré a usted responsable en parte de ello.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Ella estuvo a verlo, ¿no? ¿Qué ocurrió entre ustedes?

—Pues...

Un poco de color rojo ascendió a la faz de Micky.

—Pues... discutimos, ella me dijo que consideraba roto nuestro compromiso.

Meeker dio un fuerte golpe al volante.

—¿Lo ve? Usted...

—¡Nos vamos a estrellar!

—¡Déjeme tranquilo! Sé lo que hago. Muy probablemente, mi pobre pequeña, ofuscada por la discusión... ¡Santo Dios, si algo le ha ocurrido, usted y yo nos vamos a ver las caras!

—Míster Meeker, tenga cuidado con el volante.

—Ya lo verá. Soy muy capaz de matarlo con mis propias manos y tengo poder suficiente para aplastarlo.

—Espérese a ver qué nos dice el *sheriff*. Y no discutimos, en realidad, sino que ella rompió el compromiso sin darme tiempo a defenderme siquiera.

—¡Me es igual! Ella, pobrecilla, soliviantada... ¡Quién sabe lo que ha podido ocurrirle!

Micky encontraba poco probable que Eva se ofuscara hasta el punto de producirse un accidente. Pero el desierto es traidor en alguna de sus partes. Hay agujeros de ratas en las que un caballo puede meter el pie y despedir al jinete... Muchas cosas pueden ocurrir, en realidad, ¡pero echarle a él la culpa...! Bueno, eso era demasiado.

Cuando llegaron a Taos, los dos iban furiosos y... muy intranquilos.

CAPÍTULO VII

El *sheriff* y su ayudante no perdieron tiempo. Inmediatamente pusieron en acción a las patrullas de carreteras, por medio de la radio, y dieron el aviso a Dixon, a Arroyo Seco y Alcalde Santa Cruz. En ninguno de aquellos lugares habían visto a la muchacha ni a su caballo. A las once de la noche, míster Meeker, ya en un estado de franco terror, sugirió que se dispusieran patrullas de civiles para explorar el desierto.

Teal se había unido a ellos. Junto a Micky, en la oficina del *sheriff*, esperaban noticias. Grier había salido para entrevistarse con la policía y el alcalde.

—Maldición, Teal, vea a dónde... —dándose cuenta de su injusticia, Micky se detuvo. El agente le puso una mano sobre el brazo.

—Crea que lo siento, pero yo no tengo la culpa.

—Lo sé, pero necesitaba desahogar el mal humor con alguien.

Grier apareció.

—Vamos a desplazar algunas patrullas a lo largo de la carretera. Míster Glenarvon, usted que conoce bien a *miss* Meeker, ¿hacia dónde solía dirigirse cuando paseaba a caballo?

—Hacia Mesa India, por lo común. Hay allí una quebrada en que...

—La conozco bien. Bien, yo mismo iré hacia allá. Míster Teal...

—Bajó la voz—. Hay allí un par de hombres suyos, ¿no?

—Sí.

—¿Quiere venir? Me gustaría hablar con ellos.

—Iré yo también —intervino Micky.

—De acuerdo. Pero hemos de darnos prisa. Míster Meeker está muy alarmado y no se lo censuro. Le he pedido al doctor que le

diera un calmante, pero se niega a tomarlo. Y no quiero que nos acompañe, por si... Bueno, ya saben ustedes. Los parientes estorban más que ayudan en estos casos.

Salieron. Un *jeep* de las patrullas camineras, un artefacto fabricado especialmente para moverse en el desierto, los esperaba. Montados en él y seguidos por otro de parecidas características, emprendieron el camino a Mesa India.

Ésta se levanta, altiva y casi pulida por los elementos, a unas veinticinco millas al sudeste de Taos. En medio de la noche sin luna, alumbrados sólo por los faros del coche y por las estrellas, tardaron casi dos horas en llegar hasta allí.

En las faldas de Mesa India, sobre un amontonamiento de rocas, debía estar el puesto que Teal había establecido. Cuando llegaron cerca, Teal sacó del paquete que había echado sobre el coche un pequeño heliógrafo de pilas, parecido a los de la marina, y lanzó dos señales largas y tres cortas. Un momento después les fueron contestadas.

Hallaron a los hombres de Teal casi enseguida. Estaban junto a un aparato parecido a un teodolito, pero provisto de un reflector. Cerca de ellos, en un *jeep*, estaba el grupo energético.

—No hemos visto a nadie —dijo uno de ellos—. Esta mañana vimos a una mujer a caballo dirigirse hacia Taos. Pasó junto al rancho de Coleman.

—Era ella —interrumpió Glenarvon nerviosamente—. ¿No la vieron volver?

—No. Y hemos estado turnándonos en la vigilancia. No volvió a pasar, simplemente.

—No es posible, yo la vi dirigirse en esa dirección.

—Lo siento, pero no la vimos.

—Rodearemos Mesa —dijo el *sheriff*—. Escachen, ¿ese aparato puede ayudarnos en algo?

—Difícilmente.

—Unanse a nosotros —dijo Teal sombrío—. Rodeen ustedes la Mesa por el norte y nosotros lo haremos por el sur. Nos encontraremos a medio camino. Lleven el *jeep*.

—Conformes.

Dos horas más tarde, la Mesa estaba rodeada. Ni rastros de la muchacha. Justo en el momento en que se encontraban los dos

grupos, uno de los hombres del *sheriff* señaló de pronto a lo lejos.

—¿Qué es aquello? ¿No parece fuego?

—Santo Dios, sí —respondió el *sheriff*—. Es fuego y viene...

Uno de los agentes de Teal movió la cabeza. A la luz de las linternas, su rostro estaba pálido.

—Parece el rancho de los Coleman.

—O el mío —dijo Glenarvon, envarándose—. Está en la misma dirección, ¿no?

—No, es el de Coleman.

—¡Maldición! —dijo Teal—. No debí decirles que nos acompañaran. *Vamos* hacia allá.

Llegaron allí en poco tiempo. En efecto, el rancho construido de madera, excepto el basamento, que era de piedra, estaba ardiendo.

Todo él era una gran pira humeante, con un penacho de chispas que el viento arrastraba hacia el Norte. Dos o tres automóviles estaban detenidos en la carretera, y sus ocupantes miraban el fuego con las bocas abiertas. Cuando ellos llegaron, un coche de la patrulla de carreteras avanzaba por el otro lado, procedente de Dixon.

Sus ocupantes apartaron a los curiosos. Teal contemplaba el fuego con una reconcentrada expresión de furia.

—No han perdido el tiempo —dijo, Glenarvon, que estaba a su lado, lo miró.

—¿Ellos?

—¿Y quién si *no*? No han querido correr más riesgos. Y ahora es cuando estoy seguro de que...

—¿De qué?

—De que todo esto ha sido provocado por ellos.

—Pero ¿por qué? ¿Y dónde están?

—A lo primero sólo le responderé que porque así quitan posibles pruebas, ya que no han podido apoderarse de ellas. Y a lo segundo, que no lo sé, y que daría mi mano derecha por averiguarlo.

—Pero...

—Glenarvon, aquí no podemos hacer nada, ni usted ni yo. *Vamos* a su rancho.

—¿Para qué?

—Porque su próximo paso... Dios quiera que me equivoque, pero su próximo paso muy bien pudiera ser su rancho.

—Pero yo tengo que seguir buscando a mi prometida.

—Más tarde. Vamos allá.

Subieron a uno de los coches y emprendieron el camino. Cuando llegaron a las cercanías del rancho, éste estaba silencioso. Glenarvon y Teal saltaron del coche y se dirigieron hacia el porche. Subieron los escalones...

La puerta estaba abierta.

—Apártese.

Teal sacó algo del bolsillo. Glenarvon le imitó, con los nervios en tensión. Los dos, armados con las pistolas, esperaron durante unos instantes.

—Yo entraré primero. Usted cúbrame.

—Espere, Teal. Voy a llamar a Pablo. De todas maneras han tenido que oírnos llegar. Si están ahí dentro, ya saben que nosotros estamos afuera.

—Tiene razón. Llame, pero apártese. Pudieran estar dentro y disparar.

—¡Pablo!

Silencio.

—¡Marta!

Silencio.

—Bueno, vamos a entrar.

Teal dio dos pasos al frente y atravesó el umbral. Inmediatamente se hizo a un lado.

Glenarvon, con las manos sudorosas por el temor de lo que pudieran encontrar allí dentro, pero con los nervios firmes y la mano que sostenía la pistola más tensa aún, lo siguió.

Dio la luz y la sala se iluminó violentamente.

Nadie.

Se precipitó hacia el interior, hacia las habitaciones de los criados mejicanos y abrió la puerta del dormitorio de éstos.

Y allí estaban. Al principio, ambos creyeron que estaban muertos, pero cuando Teal se inclinó sobre ellos vio que estaban desmayados simplemente. Y que los habían atado las manos y puesto una tira de esparadrapo en las bocas.

—Cloroformo —dijo Teal olfateando.

Glenarvon ya estaba desatando a sus criados.

—Habrá que llamar a un médico —dijo.

—No creo que haga falta. Están solamente anestesiados.

Los dos mejicanos debían haber sido sorprendidos mientras dormían. Ambos estaban en pijama. Junto a la cama de Pablo un grueso garrote.

—Se mueven aprisa —dijo Teal estudiando el cuarto—. Muy deprisa.

Micky salió y se dirigió a su dormitorio. Por éste parecía haber pasado un verdadero ciclón. Sus cajones abiertos, la cama deshecha, los muebles rotos... Hasta los cuadros de las paredes estaban tirados en el suelo. Y el despacho lo mismo. Todos sus papeles revueltos, rotos en ocasiones, las cortinas arrancadas. Todos sus trajes habían sido «investigados concienzudamente». Zapatos, corbatas, camisas, pañuelos...

Examinó el destrozo con furia.

—Alguien va a tener que pagar por todo esto —dijo—. Vaya si va a tener que pagar. ¿Qué diablos está buscando, Teal?

—Lo que usted se llevó —respondió el agente serenamente.

—¿Que yo rae...?

—Sí, usted. Usted tiene que haber sacado algo de aquel rancho, Glenarvon, aunque ahora no lo recuerde.

—Pero...

—No hay otra solución. O al menos, ellos lo creen así.

—¡Maldición!

Pablo estaba comenzando a volver en sí. Había levantado el brazo y se tocaba la cabeza.

—Virgen Santísima... ¿Qué me ha ocurrido?

Sus ojos se abrieron y vio a los dos hombres.

—¡Don Miguel! Pero...

Se volvió para mirar a su esposa.

—¡Virgen Santísima, me la han matado!

—No, Pablo. Alguien os ha puesto un pañuelo con cloroformo en la nariz. Marta no está muerta.

—Pero ¿quién ha sido el maldito asqueroso que...?

—Cálmate. Pronto lo sabremos. ¿Qué ocurrió?

—Pues... Oí un ruido y me iba a levantar, cuando alguien... me puso una luz delante y luego..., ya no me acuerdo de nada.

Después, víctima de náuseas, corrió hacia el baño para vomitar. Se tambaleaba como un borracho.

—El cloroformo —dijo Teal—. Se encontrará bastante mal por algunas horas.

—Hay que llevarlos al hospital, a Taos.

—Lo haremos, no se preocupe. Pero Glenarvon...

—Mire, Teal, no estoy ahora para acertijos. Mi prometida, que no aparece...

Sus ojos se entrecerraron.

—¡Teal! ¿Tendrá algo que ver la desaparición de Eva con... todo esto?

—Probablemente, Glenarvon —respondió Teal con su habitual serenidad—. Casi seguro. Yo de usted, no me preocuparía por *miss* Meeker. Posiblemente la encontrarán a la mañana en algún lugar del desierto, pero no se alarme. No creo que hayan hecho nada malo con ella, si se exceptúa lo que han hecho con esta pareja. No creo que quieran cargarse con un crimen.

Hizo una pausa.

—Un movimiento de diversión, ¿no? —preguntó Micky.

—Sí, eso mismo. Mientras atraían nuestra atención sobre *miss* Meeker, ellos actuaban en los ranchos.

Glenarvon apretó los puños fuertemente.

—Pero..., ¿dónde están esos malditos? —aulló.

Teal no respondió. Pablo volvía con la cara como la cera.

—Yo me muero, don Miguel. ¡Le aseguro que me muero!

—Se le pasarán pronto los efectos del cloroformo, Pablo. Vamos a llevarlos a Taos a que un médico las reconozca.

Cogieron el cuerpo de Marta, lo envolvieron en una manta y lo sacaron al coche. Pablo los siguió asegurando por todos los Santos que si aquello no eran los primeros síntomas de la muerte, ¿qué diablos podían ser?

Los dejaron en Taos cuando ya las primeras luces del alba comenzaban a iluminar los lejanos picos de los montes.

Tomaron café en la oficina del *sheriff*, donde estaban llegando los informes de las patrullas. Mister Meeker, que había permanecido toda la noche en la oficina, y que tenía la cara cenicienta, se precipitó sobre ellos.

—¿Hay noticias?

—Lo siento, no.

—Glenarvon, usted tiene la culpa de todo esto. Pero no se

escapará. Si algo le ha ocurrido a mi pobre pequeña.

—Tranquilícese —dijo Teal—. No le sucederá nada, ya lo verá.

Micky le puso una mano sobre el brazo, pero el millonario se la sacudió.

—¡No me toque! ¡Usted tiene la culpa!

Era inútil discutir con un padre en aquellas circunstancias. Micky desistió. El *jeep* del *sheriff* llegaba en aquellos momentos.

—¿Noticias? —preguntó a sus hombres. Éstos movieron la cabeza negativamente.

—Ahora, con la luz del día, todo será más fácil. Vamos, radien un mensaje a todos los pueblos del condado. Enviaremos patrullas de paisanos. Avisen a todos los ranchos que tengan teléfono y dígaless que se pongan en campaña.

Estaba en sus glorias, con su gran sombrero «Stetson» blanco, sus botas de campo y su camisa de lana gris. Parecía un diminuto vaquero. Pero sus ojos eran vivos y fríos y se veía perfectamente que no había sido elegido para el puesto sólo por su parecido con un actor de cinc.

Y a las siete de la mañana llegó la noticia, cuando Glenarvon se disponía a unirse a uno de los grupos de batidores que se dirigían al desierto.

Una patrulla de carreteras había descubierto un caballo a diez millas al norte de Dixon, parado en el borde de la carretera. Habían comenzado a investigar y encontrado el cuerpo de *miss* Meeker tendido entre un chaparral. La traían en este momento.

Míster Meeker se agarró a una silla, pálido como un muerto.

—Pero ¿cómo está? ¿Está bien? ¿Le ha sucedido algo?

—Cálmese, míster Meeker. Lo sabremos enseguida.

A Eva Meeker sólo le había ocurrido que alguien le había dado un golpe en la cabeza, aunque sin demasiada fuerza. Después le habían atado los brazos y las piernas y la habían dejado en el chaparral. No habían empleado con ella cloroformo. Simplemente el golpe.

En el hospital municipal, Micky y el padre llegaron al mismo tiempo, cuando el doctor no había salido aún. Los dos hombres, mirándose con un poco menos de hostilidad, esperaron. El médico salió pronto.

—No la cansen —ordenó—. Pueden pasar a verla, pero no la

fatiguen.

—Doctor, ¿está bien?

—Sí, porque es joven y robusta, pero ha estado demasiado tiempo atada. Y menos mal que a alguien se le ocurrió ponerle un sombrero en la cabeza. De lo contrario, nos encontraríamos con un buen caso de insolación.

Entraron. Eva, con la cabeza vendada, más bella que nunca, los miró.

—Papá...

Sollozó un buen rato en la pechera de la camisa de su padre, pero sus ojos se elevaban repetidas veces para fijarse en los de Micky. Éste esperaba su turno, envidiando la buena fortuna de míster Meeker.

Por fin...

—Micky...

—Sí, cariño Bueno, ya ha pasado todo.

—Micky... Ha sido tan horrible...

—Cariño, no debes excitarte.

—Pero... ¿Por qué...?

Micky no podía contestar a aquello, pero se prometió hacerlo algún día. Cuando ya estuvieran casados, por ejemplo, junto al fuego, una noche...

—Cariño, ya pasó todo. Estás entre nosotros y ya procuraremos que nada ni nadie...

Se enredaba. Pero algo había que decir. No se iba a quedar callado. Por último, ella solucionó la situación alargándole los brazos.

En los cuales se refugió Micky muy a gusto, mientras el millonario se limpiaba los ojos con un ademán que quería ser viril.

—Cariño, ¿qué sucedió?

—Pues, me salí de la carretera. Quería... quería galopar hasta hartarme, hasta cansarme... Entonces... vi al hombre.

—¿Un hombre?

—Glenarvon, el médico ha dicho que no la cansásemos. Usted...

—Por favor, papá. No me importa. Sólo me duele un poco la cabeza. Sí, había un hombre. Tengo idea de que me había seguido con un automóvil. Me llamó y yo me volví hacia él. Venía andando. Y tenía un sombrero echado sobre los ojos.

—¿Un sombrero?

—Sí, marrón, creo.

Glenarvon se envaró.

—Sigue, cariño.

Llegó hasta donde estaba yo, y en ese momento vi que tenía algo en la mano. Una pistola.

Se estremeció.

—Me amenazó con ella y me dijo que bajara del caballo. Comprendí que si intentaba escapar, dispararía contra mí. No me preguntes cómo lo supe, pero así es. Parecía muy... peligroso. Obedecí. Apenas hube bajado cuando se precipitó hacia mí y me dio un golpe en la cabeza. Eso es lo último que recuerdo, hasta que desperté, atada entre aquellos condenados pinchos.

El médico asomó la cabeza por la puerta.

—Bueno, basta ya, por favor. Deben dejar descansar a la enferma.

—Me encuentro bien, doctor.

—Yo soy quien debe decirlo.

—Un momento nada más. Una sola pregunta —dijo Glenarvon—. Cariño, ¿le pudiste ver la cara al hombre?

—Apenas. Llevaba el sombrero muy caído hacia los ojos.

—Bueno, yo he terminado. Adiós, cariño, te veré tan pronto como pueda.

Salió de la habitación, seguido por míster Meeker.

—¿Qué piensa usted que quería ese hombre? —preguntó el millonario.

—Pues... lo ignoro. Sé tanto acerca de ello como usted.

—Me parece que no.

—¿Qué quiere usted decir, Meeker?

—Sólo que todo esto es muy extraño. Usted..., bueno, pero no piensen que voy a dejar así este asunto. No soy hombre que aguante que golpeen a su hija y la dejen tirada como un fardo en el desierto. Ustedes lo van a ver.

Pero Micky tenía prisa en dejarlo. Asintió a todo lo que dijo el millonario y luego salió corriendo hacia la oficina del *sheriff*. Teal no se hallaba en ella.

—¿Dónde está? —preguntó a Grier.

—¿Cree usted que me da cuenta de todas sus andanzas? Pues no

lo hace. ¿Hay algo nuevo?

—Pues... me gustaría hablar con Teal antes.

—Si quiere esperarlo aquí...

Teal llamó por teléfono dos horas después. Grier le pasó el aparato a Micky.

—¿Teal? Necesito hablar con usted. ¿Dónde puedo verle?

—Ya voy yo para allá. Espéreme.

Glenarvon lo hizo. Teal llegó poco después y Micky le contó lo que le había dicho Eva. El agente movió la cabeza afirmativamente.

—Lo que suponíamos. Todo ello fue un movimiento de diversión. Querían tener las manos libres. Y lo han conseguido, condenación.

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—No lo sé, Glenarvon, se lo confieso sinceramente. Pero...

—Bueno, yo tengo que ir a mi casa. Hay mucho que hacer allí.

—¿Se va a quedar solo?

—Naturalmente. Ni Pedro ni Marta están en condiciones de volver.

—¿No siente ningún temor?

—Lo que tengo, Teal, son unos deseos extraordinarios de coger a los tipos que han hecho todo esto y darles la paliza mayor de su vida.

—Espere un momento, Glenarvon. ¿Quiere que uno de mis hombres vaya con usted?

—No, de ninguna manera. Usted los necesita más que yo.

—Ahora, de momento, no. Ya no hay rancho que vigilar.

—De todas maneras, gracias. No.

—Como usted quiera. Pero, Glenarvon, no se meta en líos. A la menor señal de peligro, huya.

—Todavía no he huido de nadie. Ni de los coreanos de Nam II ni de los chinos de Lin-Piao.

Y le aseguro que no eran unos angelitos.

—Lo sé. Yo también estuve por aquellas montañas.

—¿Dónde?

—Con los «marines».

Glenarvon sintió un súbito respeto por el hombre.

—Así que fuimos compañeros, ¿eh?

—Se puede decir que sí. Hágame caso, Glenarvon. No son coreanos ni chinos, pero ya ha visto de lo que son capaces. No corra riesgos inútiles.

—Lo haré.

CAPÍTULO VIII

Pero no fue al rancho. Paró el coche en la esquina de la calle del Gobernador Wallace y penetró en la calleja. Ahora las circunstancias eran distintas de la otra noche. Ahora lucía un sol espléndido y había luz por todas partes. No creía que nadie intentara atacarlo.

Y si lo hacían... ahora iba armado.

Y preparado a todo.

Pasó la taberna y encontró la casa con la cancela. La abrió y penetró en el portal.

Llegó hasta la puerta y llamó. El mismo hombre en mangas de camisa, abrió.

—¿Qué desea?

—La otra noche un hombre se metió aquí.

—Lo conozco. Usted vino con otro, preguntando por él. Bueno, ya se lo dije.

—¿Puedo echar una ojeada?

—¿Dónde, en mi casa? Usted está loco. No tiene por qué entrar en ella.

—¿Se niega? ¿Prefiere que venga con la policía?

—¿Por qué habría de traer a la policía aquí? Yo no me meto en nada. Ya le dije que el hombre habría penetrado en la taberna.

—Y yo le pregunto si me quiere dejar entrar.

—¡No! ¡Y váyase al infierno!

Iba a cerrar la puerta cuando Micky alzó la mano. En ella estaba la pistola, firmemente sujeta.

—¿Entendió, amigo? ¿Me deja pasar por las buenas?

El hombre retrocedió. Micky penetró en la vivienda. Una sala pobremente amueblada, y varias botellas de *whisky* y tequila sobre

la mesa y la cama.

—Usted dijo que vivía con su mujer. ¿Dónde está?

—Pues... ha salido...

—Mentira. Aquí no hay ninguna mujer.

—Oiga, usted...

Micky avanzó la pistola.

—No se le ocurra ningún jueguecito, amigo. «Esto» se puede disparar. ¿Dónde está ese hombre?

—No conozco a ningún hombre. No sé de qué me habla.

Micky atravesó la habitación, siempre apuntándole con la pistola. Abrió la puerta del fondo. Un dormitorio. Y ni señales de presencia femenina.

La otra puerta. Un baño. Y no había nada más.

—¿Dónde...?

Se había distraído ligeramente. Se dio cuenta cuando vio que el hombre estaba empuñando una botella por el cuello.

—¡Cuidado...!

Disparó y la bala partió la botella. El hombre soltó el trozo que le quedaba en la mano.

—¿Se da cuenta, imbécil? Bueno, usted lo ha querido. Eche a andar.

—¿Dónde me lleva?

—A la comisaría.

—Espere, yo...

—Vamos, adelante. ¿Dónde está el hombre?

—No lo sé, él sólo me alquiló la habitación para dormir...

Estaba mintiendo. Eso era evidente.

—Miente, estúpido. Bien, adelante, a la comisaría.

—Espere. Si le digo lo que sé, ¿me llevará a la policía?

—No —mintió Micky rápidamente.

—Bueno, ese hombre vino hace tres días y me ofreció alquilarme la habitación si quería hacer algunos trabajitos para él.

—¿Qué clase de trabajos?

—Pues, ayudarle en lo que me pidiera.

—¿Y qué le pidió?

—Nada, en realidad. Al parecer, lo único que quería era tener un sitio donde alojarse.

—¿Vino solo?

—Pues...

—Vamos, hable.

—Una vez vino una mujer con él.

—Descríbala.

—Era una rabia. Una rubia muy atractiva.

—¿Estuvieron juntos aquí?

—Sí, una tarde.

Micky encogió los párpados.

—Andando.

—Oiga, usted me prometió...

—No le he asegurado nada. Alguien quiso asaltarme en esta misma calle y eso no lo voy a olvidar.

—Pero yo no tengo la culpa... Fue Jim...

—¿Quién es Jim?

—Un compadre.

—¿También el hombre lo alquiló a él?

—Sí.

—Bueno, ahora, ¿dónde está el hombre?

—No ha dormido aquí.

—¿Tenía un sombrero marrón?, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué nombre le dio?

—Pues no me dio ninguno. Pero yo tenía necesidad de dinero, y...

Micky le golpeó con la mano abierta en la cara.

—Vamos, eche a andar.

El hombre atravesó el umbral y salió al corredor.

—Si intenta huir, le pego un tiro en la espalda. No lo haga.

—No pensaba hacerlo. No quiero que me maten, pero usted es un maldito embustero.

—No se preocupe por eso.

Salieron a la calle. Varios transeúntes los miraron. Desde la acera de enfrente, donde había una taberna mejicana, un hombre dio unos pasos hacia la derecha. Una sola mirada le bastó a Micky para reconocerlo. Se trataba del borracho que le disparó la otra noche.

—¡Eh, usted!

El otro había echado a correr. Glenarvon se encontraba en un

dilema. Si lo perseguía, el otro podría escapársele. Pero no importaba demasiado. El que llevaba detenido lo conocía. Ya daría su nombre.

Empujó al otro hasta su coche y lo metió en él. Un momento después estaban ante la comisaría del *sheriff*.

Le obligó a entrar. Al penetrar en el despacho del *sheriff*, seguido por los asombrados ojos de varios patrulleros, Teal los miró.

—¿Qué diablos? Glenarvon, si es una de sus...

—Pregúntele, Teal. En su casa se alojó el tipo del sombrero marrón.

Teal se volvió hacia el hombre. Éste, evidentemente encogido, asintió.

—Bueno, pero vean, yo...

—Cállese, ahora le preguntaremos.

—Y el borracho que intentó matarme ha huido —dijo Micky, encendiendo un cigarrillo y colocando una pierna sobre la mesa del *sheriff*. Estaba disfrutando con la situación.

—Bueno, bueno.

Teal se volvió al *sheriff*.

—¿Podemos tomarle declaración a este tipo aquí?

—Claro que sí.

—Pues bien, amigo, nos vas a decir dónde está tu cómplice..., tus cómplices, si son varios. Y vas a cantar todo lo que sepas, sin dejarte ni una sola nota en la garganta. Porque... lo vas a hacer, ¿verdad?

—Yo..., éste..., bueno, sí. Si las cosas se ponen de esta forma, seguro que lo haré.

Teal miró a Glenarvon.

—Reconozco que ahora lo ha hecho bien, pero...

—Ya, que no vuelva a meterme en líos, ¿no?

—Eso mismo.

—¿Puedo asistir al interrogatorio?

—Sí.

Teal se instaló frente al tipo, y lanzó sobre éste un chorro de luz de un potente aparato eléctrico.

—Si necesita usted métodos *persuasivos*, nosotros podemos prestarle un par de muchachos que con mucho gusto le ayudarán —dijo el *sheriff*—. No nos gustan los tipos que raptan mujeres en este

Estado.

—¡Yo no he raptado ninguna mujer!

—Bueno, Teal, si nos necesita, ya sabe.

—Creo que podré arreglármelas solo, *sheriff*. Gracias, de todos modos.

El *sheriff* los dejó solos.

—Bien —dijo Teal—. ¿Nombre?

—Holt. Tob Holt.

Y luego rompió a hablar él solito. La historia que contó era sustancialmente la misma que había relatado a Micky. Pero había algunas pequeñas diferencias.

—Ese tipo —bueno, me dijo que se llamaba Smith, pero yo no lo creí—, quería tener un lugar donde ocultarse. Me dijo que le perseguía un marido celoso, porque él había huido con su mujer. Cuando vi a la rubia, lo comprendí. Pero... no se trataban como amantes. El día que estuvieron juntos en mi casa se pelearon como un gato y un perro. Yo los oí. Se llamaron una serie de cosas... Bueno, yo me escandalicé.

Ni Teal ni Micky lo creyeron, pero le dejaron proseguir.

—Ella quería algo y él decía que no se atrevía, que era muy peligroso. Ella entonces lo llamó cobarde y él le dio una bofetada.

—¿Qué hacían? —preguntó Teal.

—Pues él salía mucho. Luego entraba en casa. A veces ni dormía siquiera durante la noche.

—¿Dónde se alojaba ella?

—Pues... no lo sé bien. Pero le oí decir algo de las Loaras. Espere, no sé si se alojaba en Las Lomas, pero les oí hablar de ellas.

Las Lomas son uno de los barrios de Taos. Uno de los más miserables. Está entre la ciudad y Arroyo Seco.

—¿Por qué quiso ése... Jim... matar a míster Glenarvon?

—Éste... Smith dijo que había un tipo, el marido, que lo estaba molestando. Nos dijo que nos daría cien dólares si lo quitábamos de en medio. Oiga, nosotros no queríamos matarlo, desde luego. Naturalmente que na Sólo darle un susto.

—¿Nada más? Holt, recuerde que podemos enjaularlo por mucho tiempo.

—Pues... bueno, Smith decía que le diéramos un buen susto, pero que no lo matáramos. Yo me negué. Dije que conque se alojase

en mi casa ya había bastante, pero que no me metería a pegar, ni mucho menos a matar a un marido celoso. Que ésas no eran mis costumbres, porque yo soy un tipo decente.

—Bueno, ¿y qué ocurrió?

—Jim, mi socio, no es tan escrupuloso como yo. Aseguró que por doscientos machacantes lo haría. Y Smith dijo que lo atraería hacia la calle donde vivimos y que le daríamos una paliza.

Hizo una pausa.

—Yo me negué. Pero Jim lo hizo.

—¿Dónde podemos encontrar a Jim?

—Bueno, hay varios sitios en los que se puede ocultar. Está viviendo con una chica mejicana, en Las Lomas.

Teal cogió el teléfono, y habló con el *sheriff*. Le dio una rápida descripción de Jim y le preguntó si podía echarle el guante. El *sheriff* dijo que se pondría de acuerdo con la policía municipal, ya que eso era algo que estaba fuera de su jurisdicción, pero que no creía que hubiera inconveniente alguno.

—¿No sabe usted más?

—No, desde luego.

—Usted estuvo en un rancho de la carretera una noche. En mi rancho —dijo Micky—. Usted fue allí y me pegó.

—¡Le juro que no!

—¿Seguro? —preguntó Teal.

—¡Lo juro por mi madre, que en gloria esté! No fui yo, claro que no.

—¿Oyó usted decir a ese Smith que iba a ir a alguna casa de campo?

—Palabra de honor que no.

—Maldito el honor que tiene usted —dijo Micky furioso—. ¡Claro que fue usted!

—¡Juro que no! ¡Por mi madre!

—Déjelo, Glenarvon. Tal vez no fue él, sino Smith, al que usted conoció como Alvers. Por cierto, aquella voz suave que usted oyó..., ¿podría proceder de una mujer?

Micky lo pensó un momento.

—Quizá, sí...

El teléfono sonó.

—Teal —dijo Grier—. El sargento me anuncia que tienen

cercado a ese Jim. Lo han cogido en casa de su amante mejicana. Quiere resistir, pero lo van a reducir enseguida. Está armado.

—Que no haya sangre, Grier. Vamos para allá.

Encargaron a uno de los ayudantes del *sheriff* que encerrase al prisionero y se dirigieron hacia Las Lomas. El terreno, que se elevaba un poco con respecto a la ciudad, bullía de una multitud excitada. Los policías se esforzaban en llevarla lejos de una de las callejuelas.

—Ha dicho que se entregará si le prometen que no lo ahorcarán —dijo el sargento, al cual se habían unido—. No debe tener muy tranquila la conciencia. Bueno, voy a prometerle lo que sea. No quiero que me mate a algún muchacho.

Por un altavoz le hicieron saber a Jim que no le ahorcarían. Un momento después, escoltado por dos policías, el hombre estaba ante ellos. Lo llevaron a la jefatura y procedieron a su interrogatorio. En substancia, sus declaraciones fueron muy parecidas a las de Holt. Pero había también una pequeña diferencia que hizo abrir los ojos a Teal y a Micky.

—Yo vi a esa mujer —dijo—. La vi meterse en una casa de Las Lomas. Bueno, como no era cosa mía, no la seguí. La vi por casualidad.

—¿Qué casa? —preguntó Teal.

—Una que hay al final de la calle de Fargo. Una que está aislada, a la derecha. Mi chica dice que esa casa ha estado sin alquilar mucho tiempo, debido al alto precio que pedía el dueño. Pero yo la vi entrar en ella. Me llamó la atención, pero no era cosa mía, ya les digo.

—¿Dónde están Smith y la mujer?

—No lo sé. No los he visto desde hace dos días. Bueno, no he visto a Smith.

—¿Cuándo vio a la mujer?

—Hace cuatro días.

—¿Estaba viva? —preguntó Micky, dándose cuenta de la tontería que acababa de decir, agregó—: Buena, ¿estaba herida, o algo?

—No me di cuenta. Bueno, quizá... Sí, tenía algo en la cara.

Micky cambió una mirada con Teal.

—¿No le parece que ya es hora de que vayamos a echar una

ojeada a esa casa?

—Sí. Vamos. Ustedes se quedan encerrados. *Sheriff*, encárguese de los trámites, ¿quiere?

—Con gusto.

Fueron en el coche de Teal, éste, Glenarvon y sus dos ayudantes. Llegaron a la calle Fargo en poco tiempo. La gente se había aquietado al acabar el asunto del cómplice de Holt, y había vuelto a sus ocupaciones habituales.

Llegaron casi hasta la casa. Teal frenó y paró el motor.

—Vayan ustedes por la parte de atrás —dijo observando la casa, aislada de las demás por un trozo de terreno yermo—. Vean si tiene salida trasera. Nosotros iremos por delante. Y, cuidado, muchachos.

Rodearon la casa, procurando no llamar demasiado la atención, y luego Teal y Micky se dirigieron a la puerta.

—Llame usted. Yo lo cubriré —dijo el agente en voz baja.

Uno de sus ayudantes apareció, dando la vuelta a la casa.

—No hay salida trasera. Sólo una ventana. Bill se ha quedado junto a ella. No se oye el menor ruido —informó.

—Llame.

Glenarvon llamó. Silencio.

Volvió a hacerlo, esta vez más fuerte. El mismo silencio.

—Ben, abra usted.

El agente de Teal sacó un manojo de llaves de su bolsillo y probó una. Dos... A la tercera, el pestillo giró. Se está abriendo. Cuidado.

Se apartaron. El agente empujó la puerta y se apartó, mientras Teal y Glenarvon avanzaban hacia el oscuro interior.

Teal dio una patada a la puerta, hasta que ésta chocó contra la pared. Es una precaución elemental cuando no se desea que alguien se quede detrás de la hoja, emboscado.

Luego entraron en tromba.

No era necesario. No se precisaban tantas precauciones.

Porque allí, en medio de la habitación, había dos cuerpos tendidos en el suelo.

Un hombre y una mujer.

Teal se inclinó sobre el hombre, mientras su agente lo hacía sobre el de la mujer.

—Muerto —dijo Teal.

—Lo mismo —respondió su agente.

Y Glenarvon se encontró mirando dos caras que ya conocía. La de Alvers, el falso agente privado y la de la mujer rubia que viera en el rancho de los Coleman. No le cabía duda alguna. Eran ellos..., aunque un poco desfigurados, porque a ambos los habían matado a balazos.

—Son ellos, ¿verdad? —preguntó Teal.

—Seguro que sí. Los mismos.

—Le presento a. Sirena Cogan y a Alten, su escurridizo amigoito.

Se inclinó y sacó algo de la mano de Allen. Una pistola de pequeño calibre.

—¿Se han matado entre ellos, Teal?

—No Glenarvon. Alguien ha querido aparentarlo, pero estoy dispuesto a jugarle la paga de un año a que no ha sido así. Alguien los ha baleado. La cosa hubiera sido muy simple de esa forma.

—Pero ¿quién?

—Glenarvon, me asombra usted. Ben, llame, al sargento de la policía y dígame lo que le tenemos preparado. Avise a Bill que ya puede venir. Vamos a registrar a esta gente antes de que lleguen los policías. Al fin y al cabo, el paquete les pertenece a ellos.

Registró rápidamente los cadáveres. Allen tenía una billetera con algunos papeles y un billete de cien dólares doblado en una de las esquinas.

—El mío —dijo Glenarvon.

—Sí.

La mujer tenía un bolso junto al cuerpo. Nada en él, aparte de las menudencias que lleva toda mujer. En la cara tenía un hematoma ya amarillento.

—Eso es lo que hizo que usted creyese que estaba muerta —dijo Teal—. La habían narcotizado, simplemente. Al parecer todo el tiempo estuvo escondida aquí. Probablemente le parecía demasiado ostentoso ir por la calle luciendo ese cardenal. Y además, usted la había visto ya, y podía reconocerla.

Registró la casa. Nada. En la cocina habían comido, y estaba sucia, con botellas de *whisky* y puntas de cigarrillos. Pero nada más.

El sargento llegó con sus hombres y una ambulancia y se hicieron cargo de los cuerpos. Pocos instantes después había terminado todo.

—Bien, ahora es cuando creo que puedo marcharme a casa a arreglar un poco aquello —dijo Glenarvon—. Antes me pasaré por el hospital para ver a *miss* Meeker. Teal, ¿dónde está la mujer morena... *miss* Shelton?

—Eso me gustaría saber a mí, aunque puede que en algún lugar de las montañas. Usted la persiguió hasta bastante lejos, ¿no recuerda?

—Sí.

Teal lo miró con sus fijos ojos azules.

—Mucho cuidado, Glenarvon.

—Lo tendré. Pero no creo que... Bueno, en realidad yo ya no sé qué creer de todo este condenado asunto. Teal, algún día escribiré la historia, y la gente no la va a creer. Fantasías de novelista, dirán.

Fue andando hasta el hospital. Eva dormía. Así que cogió su coche, y se dirigió hacia su rancho, cuando ya comenzaba a anochecer. Antes entró en el «Tequila» y tomó un par de «sidecar».

El aire frío del desierto le dio en la cara, mientras conducía a sesenta. Frenó un poco, porque había salido de su rancho sin más que la camisa, y buscó en la guantera. Allí debía estar el pañuelo del cuello. Lo sacó y comenzó a ponérselo con la mano derecha.

Su mano se detuvo. Su pie pisó el freno lentamente hasta detener el coche al borde de la carretera.

A la luz del interior, miró el pañuelo. De seda blanco. Y él no tenía ningún pañuelo de esa clase... Bueno tenía uno de color marfil que solía llevar con camisas oscuras, pero blanco..., no. Era un color que sencillamente no le gustaba. Y por ello jamás había tenido ninguno.

Hasta ahora, que tenía uno en la mano.

Lo extendió. Pero la luz era muy débil para notar nada en él. No obstante, su corazón latía aceleradamente cuando puso de nuevo el coche en marcha.

—Tienes que llevárselo inmediatamente a Teal —dijo en voz alta—. Al fin y al cabo, algo cogiste aquella noche en el rancho de los Coleman, pero... ¿cuándo, Santo Dios?

Y súbitamente los recuerdos volvieron a su mente. Como una avalancha.

—Sí, aquello era. Justo.

Cuando se levantó, con la boca reseca por la borrachera, fue a

beber agua al lavabo. Inconscientemente, había buscado con la mano en el cajetín de las toallas higiénicas, y al no encontrar ninguna, había metido la mano hasta el fondo. Y sacado lo que le pareció un trapo. Con él se secó y con éste en la mano, había recorrido la casa. Todo absurdo, pero cierto.

Y una vez en el coche, había abierto la guantera y lo había metido en ella. Y... lo más absurdo de todo: ni una sola vez había vuelto a acordarse de ello.

Llegó a su rancho. Las luces estaban apagadas. Le tocaba volver de nuevo a Taos para llevar aquello a Teal, pero antes quería beber algo. Un trago nada más, para el camino.

Abrió la puerta y encendió la luz.

—Buenas noches, míster Glenarvon —dijo una voz suave.

CAPÍTULO IX

—Por cierto que, eso que tiene usted en la mano no es suyo, ¿verdad?

Aquello era como una plácida velada en familia. Ambos sentados en su diván roto la noche anterior por algún vándalo. Los dos, el hombre y la mujer. Sólo que la escena no resultaba tan plácida si uno se fijaba en que las manos diestras de los dos, del hombre y la mujer, mantenían dos pistolas apuntadas contra Micky.

—Buenas noches, *miss* Shelton.

—Coleman, *mistress* Coleman —dijo ella.

El hombre se había levantado. Era alto y delgado, con el pelo moteado de canas, y aspecto apacible. Pero los ojos que mantenía fijos en Micky eran duros y fríos.

—Démelo, Glenarvon. Vamos, sin tonterías, deme eso.

Glenarvon se preguntó si podría meter la mano en el bolsillo y sacar la pistola. Muy improbable. Mucho. Casi imposible. Imposible del todo, mejor dicho.

Todos estos pensamientos pasaron por su imaginación en el espacio de un segundo mientras el hambre avanzaba hacia él y le arrebatava el pañuelo.

—Cúbrelo, Sheila.

Mientras ella se movía lateralmente apuntando a Micky, el hombre le registró rápidamente y le quitó la pistola. Se la guardó en el bolsillo.

—Y ahora, Glenarvon, siéntese en el suelo.

Micky obedeció. También había pensado lanzarse sobre el hombre, cogerlo del cuello y ponerlo como escudo ante sí. Pero no había manera de hacerlo, si no quería recibir un tiro en el vientre. Y cualquiera de los dos parecía muy capaz de hacerlo.

Se sentó, pues.

—¿Dónde lo escondía, Glenarvon? —preguntó Coleman.

—En la guantera del automóvil.

—¿Por qué no nos lo dijo cuando estuvimos aquí la otra noche?

—Porque lo ignoraba. Parece estúpido, pero así era. No lo he sabido hasta hace unos minutos.

—No te entretengas, John —dijo ella—. Mire, Glenarvon, no queremos matarlo. Sólo asegurarnos de que no correrá a denunciarnos hasta que estemos lejos. Pero si se pone estúpido..., lo haremos.

—No pienso hacer nada. Y más después de haber visto lo que hicieron ustedes con sus cómplices.

—¿Cómplices?

Coleman se echó a reír silenciosamente.

—Asalariados, nada más. Quizá un poco... díscolos. Pero asalariados nada más.

Se había guardado el pañuelo en el bolsillo. Su pistola apuntaba ahora a la cabeza de Micky.

—Sheila, me parece que voy a completar la obra.

—No seas tonto, John. De nada serviría.

—¿Puedo hacerle una pregunta, *mistress* Coleman?

—Sí.

—¿Dónde lo tenían escondido ustedes?

—En uno de los troncos que forman la fachada. En un hueco excavado en él y vuelto a colocar con clavos de madera.

—Muy ingenioso.

Se puso en pie la mujer.

—Vamos, John, no podemos perder tiempo.

—Esperen. Yo vi en el rancho de ustedes a Sirena Cogan. Estaba tirada en el suelo. Y alguien me golpeó. ¿Fue uno de ustedes?

—Yo —dijo Coleman—. Estaba detrás de la puerta.

—Pero...

Glenarvon estaba tratando desesperadamente de ganar tiempo. No sabía exactamente para qué, pero sabía, sentía que debía hacerlo. Además, ignoraba lo que querían hacer con él, pero fuese lo que fuera, deseaba aplazarlo. No debía ser muy agradable.

—Sirena Cogan vino aquí conmigo. En principio, habíamos alquilado sus servicios en Los Ángeles para que lo hicieran solos,

pero luego decidimos no fiarnos de ellos. No obstante, ya era tarde para sacarlos del plan, así que vine con ella. Una vez aquí la muy imbécil quiso hacerme víctima de un chantaje. La golpeé para demostrarle quién era el que mandaba. Y lo hice muy a gusto, puede creerme.

Levantó ligeramente la pistola.

—Luego parecieron reaccionar. Prometieron que harían lo que queríamos y por el mismo precio que habíamos convenido al principio. Fingimos creerlos. Pero...

—John, nos estamos entreteniendo demasiado.

—¿Un chantaje? —preguntó Micky precipitadamente—. ¿Qué clase de extorsión?

—Querían más dinero. Al menos lo quería ella. Y su amiguito también, al parecer, aunque quiso hacernos creer que era ella únicamente la que lo quería. Por eso..., acordamos suprimirlos.

Así, tan sencillo como si dijese: «Mozo, déme una cerveza».

—Comprendo —dijo Micky—. Pero... ustedes no buscaron bien ese pañuelo.

—Esa idiota lo había escondido. Eso formaba parte de su chantaje. Usted llegó cuando yo le iba a obligar a decirme dónde lo había puesto. Y después de llegar usted, pensamos que los agentes del servicio secreto nos habían descubierto. No me dio tiempo a buscarlo de nuevo.

—Estaba en el baño, escondido en el cajetín del papel higiénico.

—Lo hemos sabido después. Por eso quemamos el rancho. Ya no nos atrevíamos a intentar buscarlo, aunque probamos una vez.

—¿Usted? —dijo Glenarvon volviéndose a la mujer.

—Sí, yo.

—¿Y entonces decidieron raptar a *miss* Meeker?

—Allen lo hizo. Ello nos dio tiempo a nosotros para hacer ciertas cosas.

Coleman parecía un profesor, placentero y benigno, a no ser que se examinasen sus ojos de cerca.

—Quemar su rancho y asaltar éste.

—Exactamente. Y ahora, Glenarvon...

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Inmovilizarlo preventivamente.

Su mano fue alzándose.

—Sheila, cúbrelo.

Y Glenarvon se preparó para recibir una bala en algún lugar de su anatomía o un nuevo golpe en la cabeza. Firmaría gustoso la segunda alternativa si es que ella...

Y entonces la puerta se abrió. Así, de pronto, y sin que ruido alguno hubiera podido anunciárselo.

—¡Coleman, tire eso!

Éste se volvió, con la pistola en la mano, e hizo fuego. Al instante, varias armas respondieron sincronizadamente y el hombre cayó hacia atrás como si hubiera recibido varias coces de mula. Fue a estrellarse casi contra la pared, mientras la habitación se llenaba de humo y de miedo.

Y Michael Glenarvon, Micky para los amigos, se encontró mirando a los ojos de Teal, agente del Servicio Secreto.

—Gracias a Dios —dijo el novelista.

Y tuvo que apoyarse contra la pared, porque la cabeza le daba vueltas.

Cuando abrió nuevamente los ojos, los hombres de Teal se llevaban a *mistress* Sheila Coleman al coche.

—Teal, jamás en su vida fue usted tan oportuno...

—Oh, usted no conoce todo mi historial. En algunas otras ocasiones, sí.

—Usted me hizo seguir.

—Sí.

—Porque sabía...

—Porque me lo imaginaba, Glenarvon.

—Bueno, de todas formas, gracias.

—¿Se encuentra mejor?

—Como jamás lo estuve. Diablos, creí que esos tipos habían decidido jugar a Dios Todopoderoso y decidir cuál había de ser mi último día.

Se tocó el cuerpo.

—Pero, gracias a Dios..., no.

—Glenarvon, si usted hubiera permanecido en esta casa como yo le pedí varias veces, esto hubiera acabado antes. Porque ellos tenían que venir a buscar...

—Teal, mire el bolsillo izquierdo de la chaqueta de Coleman.

Teal lo hizo. Al sacar el pañuelo, sus ojos brillaban.

—¿Usted lo encontró?

Glenarvon, sonriendo, se lo dijo. El otro lo escuchó atentamente.

—Glenarvon, ¿me da su palabra de que es cierto que olvidó ese detalle?

—Claro que sí. Lo había olvidado por completo. Usted se habrá emborrachado alguna vez, ¿no?

—Sí.

—Pues ahí lo tiene. Yo no estaba en condiciones de darme cuenta... y no me la di. Hasta hace menos de una hora, cuando lo encontré. Pero lo que no me explico es cómo ustedes no miraron en el cajetín del papel higiénico.

El rostro de Teal comenzó a ponerse encarnado.

—Pues... Bien, Glenarvon, creo que podemos olvidarlo, ¿no?

—Por mí... Pero quiero que recuerde mi novela. Es decir, la que pienso escribir. Yo no pasaré por alto ese detalle. Pero, ahora dígame una cosa: ¿Qué tiene ese pañuelo que tan importante era para ellos?

—Probablemente una lista de nombres. Es casi seguro. Es la última aportación del técnico que se suicidó. O bien alguna otra cosa de una importancia por el estilo. Y ahora, vamos. Supongo que no se quedará usted aquí.

—Pues pienso hacerlo hasta que mañana por la mañana vaya a Taos a ver a mi prometida, Teal. Ahora ya no hay peligro... supongo.

—Sí, yo creo lo mismo. Ahora ya no lo hay.

Teal se dirigió hacia la puerta. Llevaba el pañuelo apretado firmemente contra su pecho.

—Éste... —dijo volviéndose—. Glenarvon, si no le importa, en su novela, no entre en demasiados detalles acerca del lugar en que estaba el pañuelo, ¿quiere?

—¿Cómo que no?

Micky estaba riendo.

—Pero... Teal, ¡si es la mejor parte de la historia! Si es precisamente lo que le dará sabor, lo que hará decir a la gente: «Eso es tan increíble como ver volar un elefante por encima de Times Square».

—Es que..., verá, nosotros sacamos hasta el último trozo del rollo de papel toalla, pero... sencillamente, no miramos dentro. Eso,

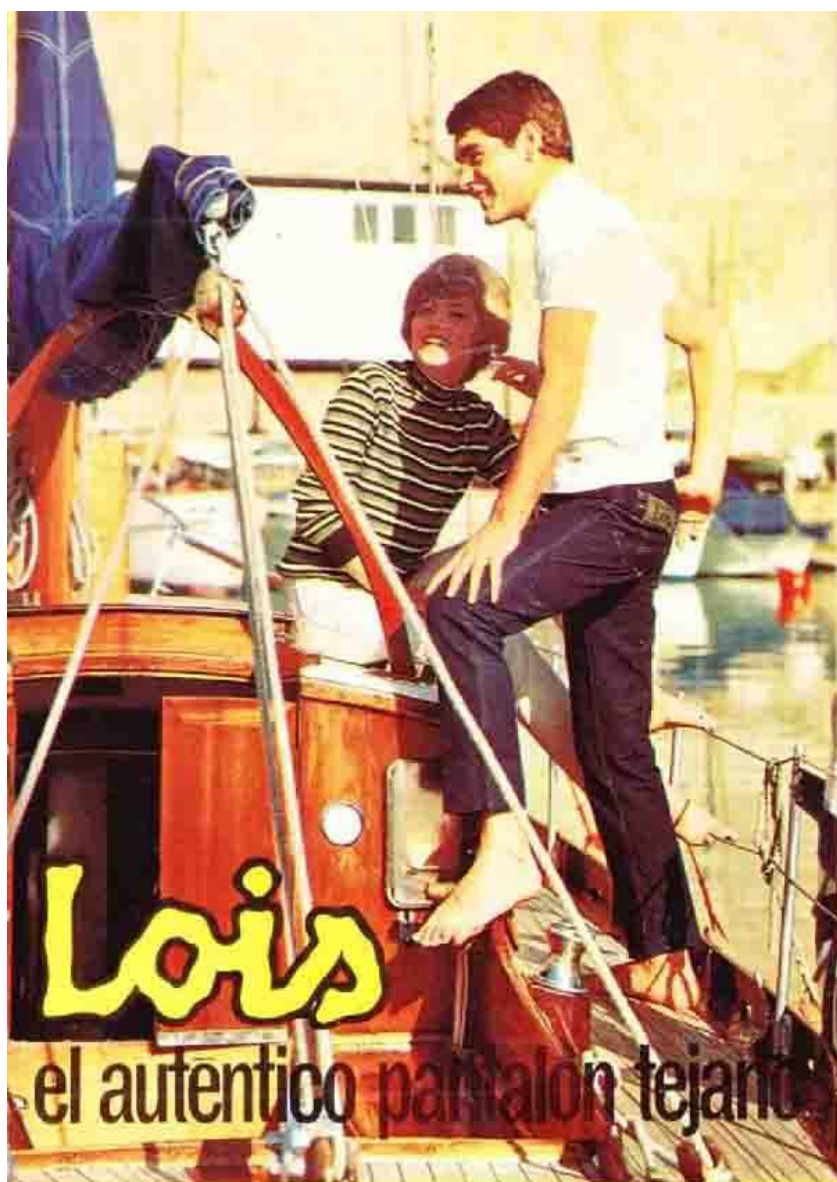
Glenarvon, sucede muy pocas veces, pero cuando ocurre..., bueno, quedamos un poco en el aire, ¿no?

Y salió.

Micky se reía aún cuando cerró la puerta detrás de él. No le había dicho a Teal que el pañuelo no estaba allí cuando registraron la casa, porque Sirena Cogan lo había escondido después.

Ésa sería su pequeña venganza.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.